P. LUIS COLOMA

CAÍN

—¡Cain! ¡Cain! ¡En la frente escrito lo llevas!

EDICIÓN DE JOSÉ LÓPEZ ROMERO

ÍNDICE

ÍNDICE ____ *2*
INTRODUCCIÓN ____ *2*
NUESTRA EDICIÓN ____ *17*
C A Í N ____ *19*
I ____ 19
II ____ 24
III ____ 27
IV ____ 33

INTRODUCCIÓN

Los años en que Luis Coloma comienza su actividad literaria coinciden con la que podríamos considerar la época de mayor turbulencia personal. Apenas cumplidos los veinte años (nació en Jerez de la Frontera el 9 de enero de 1851), ya empezaba a colaborar en algunos periódicos y revistas de su ciudad natal, una editorial madrileña le iba a publicar su primera novela, *Solaces de un estudiante*, y precisamente en 1871 realiza su primer viaje a Madrid para tomar contacto no sólo con el ambiente literario y periodístico de la Corte, sino también con ciertas influencias e intrigas políticas que tanto han gustado en este país y en especial en aquellos tiempos tan agitados.

Aunque como escritor Coloma ya había dado sus primeros y precoces pasos, aunque vacilantes, algunos años atrás con una traducción libre de una novelita francesa titulada *¡Si les riches savaient!* y que él trocó en *Todos lloran. Contrastes de la vida*[1], son los primeros años de la década de los setenta cuando el joven escritor jerezano comienza su carrera literaria con la colaboración en periódicos y revistas locales y nacionales, y con la publicación tanto en Jerez como en Madrid de una serie de novelas (*Obras de juventud*) que le van granjeando cierta fama y, sobre todo, unas amistades en el mundo literario de las que él se sentirá orgulloso durante toda su vida. De entre estas amistades destacará sobre cualquier otra la de Fernán Caballero, que se erige en su mentora y que ejercerá sobre Coloma una influencia y un magisterio que se aprecia especialmente en estas obras de juventud, entre las que podemos contar la ya citada *Solaces de un estudiante*, *Mal-alma*, *Pilatillo*, *Juan Miseria*, *La Pascua florida y el cuarto ayunar*, *Caín*, etc.[2]

Como joven periodista, ya nos encontramos en 1871 sus primeros artículos en el *Semanario Católico* de Jerez, periódico que él mismo dirige, y posteriormente destacamos su colaboración en *El Porvenir*, diario también jerezano del que era titular en propiedad y dirección José Puiggener y Bajes[3]. En la Corte y siempre bajo la protección de algunas de sus

[1] En *Recuerdos de Fernán Caballero* Coloma nos cuenta el proceso de composición de este su primer relato y, sobre todo, la vergüenza que sintió en su primer encuentro con la ilustre escritora en Sevilla, cuando ésta lo recibió con el manuscrito de su novelita en la mano; vergüenza provocada por las deudas contraídas con las obras de Dª Cecilia. (Luis Coloma, *Recuerdos de Fernán Caballero*, ed. manejada El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao, 1910, cap. II, p. 11 y ss.)

[2] *Solaces de un estudiante* y *Caín*, como después veremos con más detalle, se publicarán en Madrid en 1871 y 1873 respectivamente, en la colección "Biblioteca de Novelas Morales" de La Familia Cristiana que editaba Antonio Pérez Dubrull; mientras que, por ejemplo, *Juan Miseria* se publica por vez primera en Jerez en 1873. Ver para estos datos la biografía que el P. Rafael Mª Hornedo incluye de nuestro escritor en la edición de sus *Obras completas*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao, 1960, y *Juan Miseria*, ed. de Víctor Cantero García y José López Romero, Diputación Provincial de Cádiz, Cádiz, 2001.

[3] De la imprenta de este periódico, denominada "La Revista Jerezana" como otra publicación del mismo director y propietario, saldría en 1873 la primera edición de *Juan Miseria* (ver ed. cit. en nota 2).

madrinas (Fernán Caballero, Ángela Grassi, Gertrudis Gómez de Avellaneda), empezará a colaborar en *El Tiempo*, periódico que dirigía el Conde de Toreno.

Pero esas turbulencias personales a las que hacíamos alusión anteriormente no se reducían a sus actividades literarias y periodísticas, con ser éstas, como hemos visto, muchas y muy variadas; en 1869 se matricula en la Universidad de Sevilla para cursar la carrera de Derecho, y es en la capital hispalense y por esos años que tiene su primer encuentro con Fernán Caballero al que antes también aludíamos. En 1873 muere su padre, don Ramón de Coloma Garcés, y un año más tarde y con muchas dificultades termina la carrera de Leyes; año éste, el de 1874, en el que también se verá envuelto Coloma en un episodio un tanto oscuro de intriga política que lo relaciona con los círculos restauradores y la visita que giró aquel año a Sevilla el duque de Montpensier. Pero los dos sucesos que más trascendencia tuvieron en la vida de aquel joven Luis Coloma, al que podemos imaginar desbordado por inquietudes de todo tipo, son el accidente que a punto estuvo de costarle la vida y su ingreso posterior en la Compañía de Jesús. Entre septiembre y octubre de 1872 Coloma estuvo al borde de la muerte a consecuencia de un balazo que recibió en el pecho. A pesar del misterio que rodeó este accidente y de los rumores de todo tipo que se extendieron por Jerez (el P. Hornedo se hace eco de un lance de honor), todo apunta a que fue el propio Coloma al limpiar un arma de fuego; un suceso totalmente fortuito y que por su trascendencia se emparenta con el segundo acontecimiento y, evidentemente, el más importante en la vida de Coloma: su ingreso en la Compañía de Jesús en 1874.

Amistades literarias, intrigas políticas, accidentes fortuitos, carrera universitaria, y, sobre todo, publicaciones son, así pues y de acuerdo con estas someras pinceladas biográficas de Luis Coloma[4], el compendio de la vida de nuestro escritor en un plazo de tiempo realmente corto para tantos vaivenes: los años que van desde 1871 a 1874, los mismos que recorren su juventud más intensa, de los veinte a los veinticuatro años de edad; tiempo en que insistimos no sólo por el cúmulo de acontecimientos que vive y sufre Coloma, sino también y especialmente porque son los años en que publica esas *Obras de juventud* entre las que se incluye *Caín*, la pequeña novela que a continuación vamos a estudiar.

Caín se publica por primera vez en la "Biblioteca de la Familia Cristiana. Colección de novelas y leyendas morales. Madrid, 1873. Antonio Pérez Dubrull, editor. Jesús del Valle, nº 15". La edición que he manejado se incluye en el tomo IV de dicha colección, editado en

[4] Para una información exhaustiva sobre la vida de Coloma remito al lector a la biografía ya citada del P. Rafael Mª Hornedo.

Madrid, 1874, por Agustín Jubera, C/ de la Bola, 3[5]. Pertenece *Caín*, por tanto y como ya hemos insistido, a esos relatos o novelas (unos de más extensión que otros) juveniles que, en nuestra opinión, poseen valores o atractivos muy diversos: halaga el gusto de cualquier lector, como casi todas (decir "todas" categóricamente sería una exageración) las novelas decimonónicas, con el valor añadido de su brevedad y, en consecuencia, esquematismo que los hacen más agradables aún a lectores menos perseverantes y exigentes; están ambientados muchos de ellos en episodios de la historia local jerezana de aquellos años, con el consiguiente atractivo histórico[6] para curiosos e investigadores[7] y, como último y quizá más atractivo reclamo de estos relatos, sobre todo para los filólogos e interesados en la obra de Luis Coloma en general, muchos de ellos fueron sometidos a un proceso de corrección por el propio autor en la década de los ochenta, diez años más tarde de su primera redacción, que los hacen especialmente interesantes para comprobar, a través del cotejo de ambas ediciones, la diferencia de criterios literarios entre el Coloma escritor joven y el Coloma escritor maduro[8]. Lamentablemente, no de todas estas obras se ha conservado la redacción juvenil; poco a poco y a veces de forma casual caen en nuestras manos esas primeras ediciones de Coloma, como la que acabamos de reseñar de *Caín* y que aquí vamos a estudiar, que representa nuestra segunda aportación, después de *Juan Miseria*, a la recuperación de la figura literaria de ese Luis Coloma injustamente oscurecido por sus novelas mayores y especialmente por el escándalo de *Pequeñeces*.

Todas las ediciones corregidas de sus obras juveniles las fue publicando Coloma desde 1884 en la editorial de la Compañía de Jesús "El Mensajero del Corazón de Jesús", la

---

[5] Este tomo IV de la "Colección de novelas y leyendas morales" recoge las siguientes obras:

- *Blanca, la esclava ó la liberación del alma por medio de la fe*, novela escrita en francés por Mad. A. Grandsard, traducida al castellano por D. José Vicente y Caravantes, Madrid, 1872. Antonio Pérez Dubrull, Jesús del Valle 15.
- *El mártir y su verdugo*, sin autor. Crónica del siglo VI. Madrid, 1873, Antonio Pérez Dubrull.
- *La voluntad de Dios*, leyenda bíblica escrita por D. José Vicente y Caravantes. Madrid, 1872, Antonio Pérez Dubrull.
- *La esclava inglesa*, sin autor. Leyenda piadosa del siglo VII. Madrid, 1872. A. Pérez Dubrull.
- *Caín*, ya citada.
- *Miguel Ghisleri*, sin autor. Leyenda del siglo XVI. Madrid, 1873.
- *Cada cual con su deber*, drama en un acto y en verso original de D. Manuel Valcárcel. Madrid, Establecimiento tipográfico de A. Moreno, C/ de San Lucas 6, 1870.

[6] *Juan Miseria*, por poner un ejemplo, se ambienta entre 1868 y 1869, por lo que se recogen dos momentos fundamentales de la historia local: el triunfo en Jerez de la Revolución de Septiembre de 1868 y el famoso Motín contra las Quintas de 1869.

[7] Más datos de este asunto en mi artículo "Política y sociedad. Crítica e ideología en tres novelistas jerezanos del siglo XIX: Luis Coloma, Juan Gallardo y Manuel Bellido" en *Tierra de Nadie*, nº 3, Jerez, 2000, pp. 5-27.

[8] Esa es la labor que hemos hecho en la edición de *Juan Miseria* antes citada.

correspondiente a *Caín* se publicó al año siguiente, 1885. Y antes de nada debemos advertir a lector, lo que puede fácilmente comprobar en el aparato crítico con que acompañamos a esta edición, que muy pocas correcciones realizó Coloma al texto primero; aunque pocas, muy interesantes para observar esos cambios de criterio literario o estilístico en nuestro autor una vez transcurridos más de diez años y que nosotros estamos en disposición de aclarar con más detalle si lo comparamos con las correcciones realizadas en *Juan Miseria*. Pero dejemos para el final de esta introducción las variantes que nos presentan ambas ediciones, y pasemos a continuación a estudiar los aspectos literarios que nos presenta *Caín*.

Y avisábamos que la brevedad de la mayoría de estos relatos de juventud, y *Caín* en este sentido no es una excepción, trae como consecuencia un esquematismo que afecta a todos los aspectos de la obra: argumento, personajes, estructura, tema, etc. Un esquematismo que, por otra parte, también le facilita al lector, y más si éste no es muy avezado, la lección moral que en todas estas obras intenta imprimir el joven Coloma.

La división en cuatro secuencias numeradas que se respeta desde su edición primera, responde en el relato a su estructura interna:

I. Viaje de Miguel y Joaquina desde el poblado de Doña Blanca hasta la estación de ferrocarriles del Puerto de Santa María, para despedir a su hijo Perico que se va al servicio militar. Encuentro en el camino con Juan Chanca o Pita[9].

II. Descripción de los dos hijos de la familia: Perico y Roque. Emotiva despedida de Miguel y Joaquina de su hijo Perico en la estación.

III. Enfrentamiento de Joaquina con su hijo Roque. Enfrentamiento de Joaquina con un republicano amigo de aquél.

IV. Revuelta popular en Jerez. Marcha desesperada de Joaquina a la ciudad al saber que en la revuelta va a tomar parte sus hijos: Roque entre los amotinados y Perico con las tropas. Final: muerte de Perico a manos de su hermano Roque y grito desesperado de Joaquina "¡Caín!" con que maldice a Roque.

A pesar de la brevedad de esta obra, Coloma no renuncia a ninguno de los elementos que caracterizan todos estos relatos de juventud. La estampa costumbrista nos la ofrece el encuentro de Miguel y Joaquina con Juan Chanca (Pita): la conversación entre los personajes por los productos de la huerta de Juan y la venta que éste va a hacer de los primeros tomates del año en el mercado de Jerez, corta por unos momentos la atmósfera de emotividad que va

creando el autor por medio del llanto desconsolado de Joaquina y el contenido de Miguel, momentos de emotividad que preparan la despedida de su hijo Perico.

La descripción paisajística en esta primera secuencia y la digresión histórica de los lugares donde viven y por donde pasan los personajes (digresión que Coloma reducirá severamente en la segunda redacción de la obra), son también elementos que ralentizan la acción, como el lento paso de la burra Molinera, en la que va montada Joaquina y a la que constamente tiene que arrear Miguel.

Sin embargo y pese al costumbrismo, descripciones y digresiones, ya Coloma nos va adelantando el conflicto argumental de la obra: el contraste entre los dos hermanos, Perico y Roque, y sobre éste el amor de la madre que supera las diferencias y quiere por igual ("¡Pobrecito mío [refiriéndose a Roque] –gimió Joaquina- ¿Qué sería de él sin su madre; que le quiere tanto y no tiene preferencias con ninguno?"). Amor de madre que contrasta, y así se sublima, también con el entendimiento del padre ("No es tirria, Joaquina –replicó Miguel gravemente-; es que la venda de padre no me ciega la luz del entendimiento, y veo que ese muchacho tiene malas entrañas").

Y es precisamente esa oposición entre los dos hermanos la que inicia la segunda secuencia a través de la descripción que nos ofrece el narrador. La bondad, la generosidad, el amor de hijo de Perico se contrapone al egoísmo, la envidia y los malos sentimientos de Roque, que el narrador nos ejemplifica con la frialdad con que ha despedido a su hermano: "-¡hasta que traigas nietos, Perico!". Esta breve descripción deja paso de inmediato a una de las escenas más emotivas de la novela: la despedida de padres e hijo en la estación del Puerto. El exceso lacrimógeno de los tres personajes, y de todos los quintos y familiares que se encuentran en la estación, el desconsuelo de la madre a pesar de las débiles palabras de ánimo del propio Perico, la aparente serenidad del padre que mantiene a duras penas y la advocación de la Virgen de los Milagros bajo cuyo amparo pone Joaquina a su hijo convierten la escena en una verdadera tragedia, como tragedia era realmente la llamada a quintas de los mozos en aquellos años. Con ello Coloma no hace más que exponer un problema social y económico que estaba por los mismos años en que escribe estos relatos de juventud en plena actualidad: el servicio militar, que el Gobierno instaurado por la Revolución del 68 había prometido abolir. La obligatoriedad de aquél o la redención previo pago al Estado de 8000 reales al contado, palmario ejemplo de injusticia social ya que pocas familias, sólo las más pudientes, se podían permitir tal desembolso para eximir a sus hijos de la llamada a quintas, traía así

[9] El único cambio que Coloma hace en sus personajes entre las dos redacciones de la obra (1873 y 1885), es precisamente el apellido de este personaje totalmente secundario: Chanca en 1873 y Pita en 1885. Ver para más

pues como consecuencia el servicio forzoso de los mozos de extracción humilde con la pérdida consiguiente de mano de obra para el campo y las labores artesanales. Hasta tal punto era impopular el sistema de quintas que el incumplimiento de las promesas hechas por el nuevo Gobierno provocó en Jerez el famoso "Motín contra las Quintas", revuelta popular acaecida entre los días 17 y 18 de marzo de 1869 que tuvo no sólo graves consecuencias en la ciudad sino también serias repercusiones en la política nacional[10].

La atmósfera de emotividad que envuelve a esta segunda secuencia, acorde en un principio con el decoro de la situación, se va paulatinamente recargando con las lágrimas de todos los personajes y especialmente con los excesos retóricos del propio autor ("Oíase, sobre todo, esa palabra que siempre trae tras sí lágrimas, lluvia del corazón; como el viento tras sí el agua, lluvia del cielo; palabra que entre personas queridas jamás pronunció la alegría, porque representa siempre la triste idea de la ausencia que separa; palabra reservada al dolor, que es la pena viva; a la tristeza, hija del dolor que se resigna y vive dormido, o a la melancolía, hermana de la tristeza, que ya no llora, sino suspira *¡Adiós!*") y, sobre todo, con el desenlace de la escena que en nuestra opinión degenera en lo tragicómico, objeción imputable a la impericia de un Coloma juvenil: "Joaquina quiere aún volverle a abrazar, pero ya el tren se ha puesto en marcha; lánzase hacia él, sin reflexionar lo que hace, y logra agarrarse al estribo y rozar con sus labios la frente de su hijo; mas las fuerzas le faltan y despedida como una pelota, viene a chocar su cabeza entre la vía. Pero ¿qué le importa a ella, si consiguió dar el último beso a su hijo querido?".

La secuencia III la dedica Coloma por completo al desarrollo de las fuerzas del mal, en esa exposición tan maniquea y tan característica de sus primeras novelas. Después de la despedida de Perico, que cierra con su dramatismo las dos primeras secuencias del relato como si fueran partes de un mismo eje narrativo, el cambio de espacio (ya en la huerta de la familia) y la incorporación de nuevos personajes nos señalan el paso al otro eje de la narración; si en el primero es Perico el protagonista, por ausencia o por presencia, con lo que el tema expuesto por Coloma sería el de la llamada a quintas, en este segundo núcleo narrativo el protagonismo va a pasar a su hermano Roque y la ideología republicana que él representa y encarna. La presencia permanente de Joaquina, tercer protagonista del relato, en ambos ejes a modo de enlace entre los dos temas y los dos hermanos obedece al tercer núcleo

---

detalles *supra*.

[10] Para conocer con detalle lo sucedido en el tristemente famoso "Motín contra las Quintas" véase Diego Caro Cancela, "El motín cantra las Quintas de marzo de 1869" en *Actas de las I Jornadas de Historia de Jerez*, Jerez, B.U.C. , pp. 93-106. Coloma, por su parte, también utiliza narrativamente este acontecimiento en su novela *Juan Miseria* (véase la ed. citada.)

temático que Coloma quiere poder de manifiesto: el abnegado amor de madre que lucha sin importarle nada, y menos su propia vida, por la salvación de sus hijos.

En tres momentos podríamos dividir a su vez esta Secuencia III:

1. Conversación-enfrentamiento Joaquina-Roque.
2. Conversación-enfrentamiento Joaquina-republicano amigo de Roque.
3. Conversación Roque-amigo republicano.

El carácter difícil del muchacho, su actitud insolente y la falta de respeto no sólo hacia su madre sino hacia toda su familia, a pesar de las amonestaciones que le hace Joaquina y los consejos que le da amorosamente a su hijo Roque, contrasta con el amor demostrado por Perico, oposición de la que ya nos avisaba el narrador en la descripción que nos hacía de ambos personajes. Contraste u oposición que se ejemplifica perfectamente en el llanto de Joaquina: mientras que las lágrimas vertidas en la despedida de Perico son consecuencia de la pérdida del hijo, las que vierte por Roque son debidas al "brusco egoísmo" y su "mal natural", un "mal natural" del que es conocedor Miguel, porque "la venda de padre no le ciega su entendimiento" como ya nos ha dicho, y que le lleva a su propia madre a calificarlo de "alma de Caín" identificándolo con el título de la obra y avanzando así los acontecimientos que la cerrarán.

Pero para Coloma la figura de Roque como ejemplo o modelo de republicano no es suficiente. A este Coloma, aún muy joven pero que vivió tan de cerca las turbulencias políticas de aquellos años, más en una ciudad como Jerez en la que triunfó de forma absoluta la Revolución de 1868, no le bastaba un personaje como Roque para descargar en él toda su inquina contra los que él consideraba auténticos enemigos de los principios morales y religiosos sobre los que sustentaba la sociedad española en general, y jerezana en particular. Esa animadversión hacia lo republicano tiene su expresión más acabada en los retratos que de los personajes defensores de esta ideología inserta Coloma en muchas de sus primeras novelas; tema del que se hace eco Rubén Benítez en su edición de *Pequeñeces*: "En *Juan Miseria*, también redactado antes de su publicación en 1884, critica el republicanismo y a la revolución de 1868. Un personaje humorístico de *Por un piojo*…, Rosita Peña, cree que los liberales andan con cuernos y rabos por Madrid"[11]. No otro motivo sino la crítica, a veces obsesiva por lo frecuente, tiene la entrada en el relato del amigo republicano de Roque, que responde perfectamente al tipo que ya hemos visto en otras obras (especialmente el Lopijillo de *Juan Miseria*); crítica que llega a la ridiculización del personaje, como así se aprecia en la

[11] Rubén Benítez, edición de *Pequeñeces*, Madrid, Cátedra, 1987, p. 11. En *Juan Miseria* la figura de Lopijillo es en este sentido un excelente ejemplo de lo que decimos (véase la ed. citada de esta obra.)

descripción que nos ofrece el narrador y en la conversación que mantiene el fantoche con Joaquina: la fealdad ("-¿Tan feo soy que causa miedo? –preguntó el recien venido. –Como que si es verdad que el hipo se cura de un susto, con sólo asomar las narices pone usted remedio. No exageraba Joaquina: cuatro brochazos de Goya hubieran copiado de aquel hombre el tipo de patán…Aquella fisonomía insulsa, aquellos ojos bizcos…"), la ridiculez de su vestimenta ("… aquel largo y mugriento gabán con honores de toga romana; aquella corbata verde, roja y blanca, colores de la república, pero de una república tan desteñida, que el verde había pasado de la esperanza al desengaño, el rojo de la púrpura de Tiro al morado de penitencia, y el blanco de la inceonte pureza a la inocencia perdida…") y, sobre todo, la traición, la envidia, la defensa de los intereses personales en nombre del pueblo.

La secuencia III se cierra con la conversación del republicano y Roque, en la que se hacen los preparativos para los acontecimientos que van a suceder en la secuencia final: la revuelta popular. El poder de convecimiento del republicano, del que él mismo se había enorgullecido anteriormente ("yo, cuando hablo, hago del pueblo lo que quiero") encuentra en Roque, en su "mal natural", una de sus víctimas propiciatorias, con la consiguiente angustia de Joaquina al conocer la decisión de su hijo de participar en la lucha.

De nada sirve la desesperación de la madre por retener a su hijo, escena con que se inicia la secuencia IV y final. La tensión dramática va creciendo en este último tramo de la obra a medida que la madre va conociendo detalles de la algarada popular en su agónico camino a Jerez. La constatación ya sin duda de la intervención de Roque se complica cuando se entera de que el regimiento en el que sirve su hijo Perico ha llegado a la ciudad para sofocar la revuelta, el grito de espanto de la madre no puede ser más dramático: "-¡Allí está mi Perico! –gritó la infeliz madre, llevándose las manos a la cabeza-. ¡Mis hijos!, ¡los hijos de mi alma frente a frente! –decía al correr a Jerez como loca, comprendiendo al fin que Roque se hallaba en las barricadas." El deambular de Joaquina por las calles jerezanas no hace más que acentuar esos momentos de tensión: despreciando su propia vida, el amor de madre la lleva hasta las mismas barricadas en las que luchan cuerpo a cuerpo las tropas y los rebeldes, y al amparo de una pequeña tienda llega a ver la muerte de Perico a manos de su propio hermano Roque. El grito de intenso dolor de la madre cierra el relato: "-¡Caín! ¡Caín!… ¡en la frente escrito lo llevas! –le gritó Joaquina con la terrible energía de la madre que maldice y el espantoso dolor de la que ve un hijo muerto y fratricida al otro."

A pesar de que el desenlace se veía venir desde las primeras páginas de la novela, por lo que poca es la sorpresa del lector en este aspecto, más cuando el narrador ha ido a lo largo del relato diseminando las suficientes pistas para ello (oposición Perico/Roque; la expresión

“alma de Caín” con que define la propia madre a su hijo Roque confirmando así el título de la obra; el carácter difícil del muchacho, su “mal natural”, sus amistades, etc.), y a pesar del esquematismo de la narración, ya comentado, podemos reconocer sin embargo que la estructura de la obra, aunque sencilla, responde perfectamente a la intención de autor; en este caso reconozcamos que pese a su juventud, Coloma dispone los elementos con la suficiente destreza narrativa para que todos confluyan en ese trágico final y se ajusten a sus pretensiones. Así, la graduación de los momentos de tensión dramática que se cierra con la tragedia final y el grito desgarrado de Joaquina, la carga emotiva de ciertas escenas, la disposición de éstas, el diseño de los personajes, etc., todo desemboca o se estructura con el fin de exponer la lección moral que Coloma intenta transmitirnos, que no es otra que el modelo de vida feliz por él imaginado, un modelo que tiene como espacio el campo y como núcleo social la familia. La huerta de la que viven Miguel, Joaquina y sus hijos, con el personaje complementario de Juan Chanca o Pita, es el perfecto marco espacial para la felicidad de una vida familiar que tiene como elemento aglutinante el amor de la madre y que vienen a enturbiar dos acontecimientos: la llamada a quintas de Perico y la república. De esta manera, también podemos advertir la siguiente oposición estructural:

1. Secuencia I / Secuencia IV: huerta / rebelión.
2. Secuencia II / Secuencia III: Perico / Roque.

Pero si el marco espacial en el que se desarrolla la novela ya es importante en sí mismo, al margen de su localización geográfica, más importancia alcanza precisamente cuando sabemos que la acción se produce en Jerez y sus alrededores. Ya hemos señalado cómo Coloma ambienta buena parte de sus obras de juventud en su ciudad natal o en pueblos de los alrededores (*Juan Miseria* y *El Viernes de Dolores*, en Jerez; *Medio Juan y Juan y medio* entre Sanlúcar y Jerez; etc.), en *Caín* cuatro son los espacios donde se desenvuelve la acción: el camino entre el Puerto de Santa María y Jerez; la estación de ferrocarriles del Puerto; la huerta que en arrendamiento tiene Miguel en el que actualmente se denomina “Poblado de Doña Blanca”, y finalmente, las calles que Agustín Muñoz y Gómez incluye en el “distrito de San Telmo”[12]: Galván, Cruz Vieja, Molino del Viento y Cerro-Fuerte[13], y que pertenecen en la actualidad al barrio de San Miguel. Ubicación espacial ésta última que da

[12] Ver A. Muñoz y Gómez, *Noticia histórica de las calles y plazas de Xerez de la Frontera*, Jerez, B.U.C., ed. facsímil de la edición de 1903, Jerez, Impr. de El Guadalete, pp. 380 y ss.

[13] En este mismo barrio y en las mismas calles ambienta Coloma su novela *Juan Miseria.*

paso a un hecho presuntamente histórico: la revuelta popular. Coloma subtitula la novela en su primera edición (1873) "narración de un sucedido" y al comienzo de la misma, en nota al pie, aclara "El argumento de este *boceto* [la cursiva es del propio Coloma] es desgraciadamente cierto, y por nuestra parte no hemos hecho sino variar los nombres y algunos pormenores", subtítulo y nota que se suprimen en la segunda redacción de la obra, como también varía su coordenada temporal: mientras que el texto de 1873 comenzaba con un impreciso "A la caída de una hermosa tarde de mayo, caminaba…", el de 1885 añade un dato de enorme importancia: "A la caída de una hermosa tarde de mayo de 1869, caminaba…". De acuerdo con estos datos, no podemos suscribir la afirmación que hace el P. Rafael Mª Hornedo: "la última parte de la narración parece que describe los sangrientos encuentros entre grupos armados del pueblo y tropas del Gobierno, acaecidos en Cádiz del 5 al 9 de diciembre de 1868"[14], ni el espacio ni las fechas coinciden ni por asomo con los datos ofrecidos por el autor, aunque éstos nos resulten a pesar de todo insuficientes para localizar con exactitud los acontecimientos que se desarrollan en el relato. Insuficientes o imprecisos ya que Coloma no nos aclara el tiempo transcurrido entre la partida de Perico de la estación del Puerto de Santa María y la participación de su regimiento, procedente de Málaga, en la revuelta jerezana, hechos que se narran en las secuencias II y IV respectivamente. Probablemente, en la rebelión popular recree Coloma el famoso "Motín contra las Quintas" acaecido, como ya hemos dicho, en 1869, aunque no en las fechas en las que podemos deducir que sucede en la obra. Varios son los datos que así nos lo pueden si no certificar, sí al menos suponer: el inicio de la narración el mismo año, 1869, la trascendencia y la repercusión que tuvo este suceso, hasta el punto que Coloma lo recrea en *Juan Miseria*, obra que se publica el mismo año que *Caín*, y la importancia que alcanza el problema de las quintas en la obra con la figura de Perico; las inexactitudes quizá se deban a esas variaciones de "algunos pormenores" que Coloma confiesa que hizo en el relato.

Ya hemos hablado al referirnos a la Secuencia I del gusto de Coloma por las escenas de cierto sabor costumbrista, rasgo también peculiar de sus obras de juventud. La influencia de Fernán Caballero en esta primera etapa de su producción literaria no sólo se observa en el tratamiento de estos elementos, sino también y como expresión de ellos en la inclusión de cancioncillas o coplas populares, de que gustaba también la insigne escritora. Lo interesante en *Caín* es los cambios a que las somete Coloma entre las dos versiones (de las cuatro que se

[14] P. Rafael Mª Hornedo, introducción cit., p. XXII.

incluyen en la edición de 1873 dos se mantienen, una se cambia y otra se suprime[15]), y las distintas funciones que tienen en el texto: mientras que la copla que canta Juan Pita (la que se cambia) al despedirse de Miguel y Joaquina insiste en el tono costumbrista de la escena, las que Coloma pone en boca de Roque acentúan los dos rasgos característicos de este personaje, su adscripción a la república (la que se mantiene) y su falta de sentimiento con respecto a su hermano Perico (la que se suprime), finalmente, la otra copla que Coloma mantiene es la que le dedica Joaquina al amigo republicano de su hijo Roque, de la que el propio narrador nos declara su intención: "Pero cortó sus bríos la voz de Joaquina que con esa malicia y esa profunda intención que usa el pueblo andaluz cuando se burla, cantaba…"

Un costumbrismo que no se limita sólo a la ya mencionada escena entre Miguel, Joaquina y Juan Pita por el estado de sus huertas y la venta de los tomates, ni a la inclusión de esas coplas populares, también podemos añadir a esto el interés de Coloma por el uso, aunque escaso en esta obra, de expresiones o deformaciones propias del habla vulgar y que, sin embargo, se utilizan en la obra para darle un cierto sabor andaluz, la mayor parte de ellas incluidas en la escena antes aludida: "otoavía" por "todavía", "concencia" por "conciencia", "juelga" por "juerga"; deformaciones que, sin embargo, tienen otra función en la escena entre Joaquina y el republicano, el contraste entre los dos personajes se muestra también en el registro lingüístico: mientras que Joaquina en su "vulgaridad andaluza" ("apretáa", "ha dío", "con guindajito y tóo", "menumento", "preicar") representa al pueblo sencillo, sin dobleces, el republicano con su hinchada palabrería representa la hipocresía, los malos sentimientos, la soberbia, el desprecio al pueblo ("¡Oh vanidad de los ricos, que desprecio!… ¡No he de dejar de ti piedra sobre piedra!"). Es curioso notar que sólo en estos dos momentos comentados Miguel y Joaquina utilizan este registro "vulgar-andaluz", con lo que la intencionalidad del autor queda bien patente.

Pero estos cambios idiomáticos, con ser interesantes por lo que hemos comentado, no son precisamente el rasgo más peculiar del estilo de Coloma y en concreto de esta obra. Si tuviésemos que caracterizar estilísticamente *Caín* destacaríamos sobre todo su retoricismo. Un retoricismo que se deja notar sobre todo en las escasas descripciones paisajísticas (descripción de la torre de Doña Blanca: "Encaramada sobre un alto pedestal, no tiene una flor que la adorne, ni siquiera una guirnalda de yedra que la abrace y la sostenga. Severa como cuadra a la guardiana de una tumba, altiva como corresponde a la última morada de una reina, se ciñe su corona de almenas y muestra en su frente un escudo, en que, bajo una corona de marqués, campea el león de Castilla y se destacan las tres barras de Aragón") y muy

[15] Ver el aparato crítico de esta edición.

especialmente en las descripciones de los personajes ("Perico, el mayor, tenía esa buena fe, esa expansión que se hermana tan bien con la juventud –hermosa edad en que el corazón, de par en par abierto, ni abriga temores ni encierra desconfianzas-, como con la alegría se hermana la risa…") y la oposición que entre éstos se entabla ("Roque, por el contrario, tenía ese egoísmo que en la edad madura repugna como un vicio, y en la juventud horroriza como una aberración: la envidia que siempre supone perversidad de corazón y alcances limitados, porque las almas elevadas sólo conocen rivalidades, daba a su carácter un tinte amargo e indeciso, como da la bilis su color verdusco a las facciones de ciertos enfermos"). Como puede verse, las metáforas y, sobre todo, las comparaciones menudean en ese estilo a veces recargado de un Coloma juvenil, bajo el influjo de Fernán Caballero, que llega a desbordarse cuando la ocasión así lo requiere: "¡Joaquina había colgado al cuello de Perico un escapulario de la Virgen de los Milagros, que se destacaba sobre su chaqueta de bayeta amarilla, brillando como un consuelo entre penas, como una esperanza entre dolores, como una promesa en la angustia, como un refugio en el desamparo!…"; "…sólo quedó intacta una estampa de la Virgen clavada en la pared, en la cual fijó Joaquina esa mirada desolada del dolor cuando, agotadas las lágrimas y los sollozos y los gritos, se reconcentra en el pecho y allí corroe y despedaza en silencio si la cristiana resignación lo enfrena; pero, cual un torrente de lava, se desborda y tala y destruye cuanto a su paso se opone, si la desesperación impía rompe sus diques". Un estilo tan característico y tan repetitivo que llega a veces a empalagar al lector: "… mientras la ermita, sola, triste, con sus muros destruidos, su iglesia sin puertas ni techo, su campanario sin cruz que lo corone, ni campanas que le den lengua, no protesta como el arrogante, ni se queja como el débil, ni se lamenta como el triste, sino que inútil cual un altar sin santuario, destruida cual un cuerpo sin alma, pero imponente cual un rey sin corona, en la doble majestad de su grandeza pasada y su desgracia presente, se desmorona en silencio…".

Y pasamos finalmente a comentar uno de los aspectos más interesantes que esta pequeña novela nos presenta: las correcciones a que la sometió Coloma en su segunda redacción. Ya hemos señalado en páginas anteriores cómo el escritor jerezano emprendió la tarea de corregir algunas de sus obras de juventud (aquellas que había escrito en los primeros años de la década de los setenta) diez años más tarde. El cotejo de los dos textos se convierte así en una valiosísima fuente de información de los cambios producidos no sólo en el gusto estilístico de un autor ya en plena madurez, sino también en su manera de pensar. El problema, como se lamenta Rubén Benítez en su introducción de *Pequeñeces*, es que no se conservan de muchos de estos relatos sus primeras redacciones; nuestra labor con *Juan*

Miseria y ahora con *Caín* no tiene otro objetivo que el apuntado, y de camino, si ello fuera posible, recuperar y dar a conocer la obra literaria del Padre Coloma que no puede limitarse para los lectores a *Pequeñeces*; la frescura de estos primeros textos, con todos sus defectos que no tenemos por qué ocultar, bien merece una revisión y un esfuerzo por parte de todos para ponerlos a disposición de cualquier lector.

Antes que nada debemos decir que las correcciones de *Caín* no afectaron a la trama del relato; no hay en este sentido cambio alguno. Coloma conservó intacta la estructura de la novela y los acontecimientos que en ella se desarrollan. El cambio del apellido de un personaje, Juan Chanca por Juan Pita, no deja de ser una simple anécdota motivado o porque ya utilizó Coloma ese mismo nombre en otra novela en un personaje distinto a éste[16] o quizá por el significado de ambas palabras: la chanca es un lugar destinado a la salazón y tratamiento de pescado y, por tanto, no muy apropiado para un agricultor, mientras que la pita es una planta muy típica de los caminos y trochas de los campos jerezanos por los que a diario pasa Juan.

El cambio más significativo e importante en esta novela ya lo observamos incluso antes de su comienzo. La supresión de la dedicatoria "al Sr. D. Juan Manuel Ponce de León y Gordon, en prueba de su aprecio y simpatía" es la primera manifestación de otra supresión ya dentro del texto. La desviculación de la novela de la figura del marqués del Castillo del Valle de Sidueña se va a notar en la supresión de un amplio fragmento que se dedicaba a contar la leyenda de la muerte de la reina Dª Blanca en la torre de este castillo, pasaje excesivamente largo que ralentiza la acción narrativa y que, con buen criterio a nuestro modo de ver, Coloma suprimió (nota **V**)[17].

Otras correcciones o supresiones afectan a la ideología del autor. Son éstas realmente curiosas porque además de aligerar el texto de excesos retóricos, defecto del que a pesar de estas supresiones sigue adoleciendo la novela como hemos visto, intentan evitar sobre todo la crítica y quizá la polémica. Uno de estos pasajes suprimidos se dedica a defender a los ricos y atacar al socialismo cuyo origen sangriento Coloma ubica en París (nota **AH**), incluso introduce una cita de Selgas que también suprime; otro es una crítica a la supuesta "filantropía británica" de la que comenta Coloma: "que funda hospitales para perros y gatos y deja a los hombres morir de hambre"(nota **AI**); una crítica menor pero llena de ironía que también suprime Coloma iba dirigida a los filósofos alemanes a los que compara en fisonomía con el

[16] Ver nota 2 a pie de página del texto.

[17] Las notas que señalamos con letras mayúsculas se refieren a las mismas del Aparato Crítico incluido al final de nuestra edición.

republicano federal amigo de Roque: “Aquella fisonomía, en la apariencia indescifrable y confusa como un filósofo alemán”(nota **BN**). Otra corrección interesante por lo que supone para la localidad y la implicación de todo el pueblo en la revolución es el cambio que hace Coloma en la inscripción de la medalla del republicano, el grito “*¡Viva el pueblo jerezano!”* se transforma en “*¡Viva el pueblo soberano!*”(nota **BU**).

Si el cambio en la letra de la canción que canta Juan Pita no obedece en apariencia a motivo alguno, al menos que nosotros veamos (nota **S**), sí, en cambio, la supresión de la del fraile con que despide Roque a su hermano tiene un componente anticlerical que quiso evitar también Coloma, a pesar de que la pone en boca de un republicano (“Cuando se muere un fraile / dicen los demás: / “un enemigo menos, / y una ración más”) (nota **AL**).

Interesante es también el esfuerzo, aunque leve e insuficiente a todas luces, que hizo el escritor jerezano por aliviar el texto de esos retoricismos tan característico del primer Coloma. Esfuerzo, ya decimos, sin mucha convicción al darse cuenta quizá de que tendría que someter la obra prácticamente a una redacción nueva si quería librarla de un estilo a veces tan recargado. En ese sentido van las supresiones de algunas comparaciones (recurso muy del gusto de Coloma como ya hemos visto): “… álamos blancos cuyas hojas verdes, cual la esperanza que sirve de báculo al corazón, y blancas, cual la inocencia única que ahuyenta el remordimiento, se abren como un ramillete…” (nota **Y**), “… y luego lento pero constante, como el prudente que corre tras un deseo…” (nota **Z**), “… mientras lentas como el dolor y calladas como la tristeza, surcaban…” (nota **BK**).

Con esta misma preocupación y el mismo objetivo por mejorar en lo posible el estilo, Coloma somete a su relato a pequeñas pero abundantes modificaciones o correcciones que afectan especialmente en lo gramatical al uso de los pronombres personales. A diferencia de *Juan Miseria* en cuya primera redacción incurría el autor en numerosos casos de laísmo, en *Caín*, salvo algún caso de leísmo (“amenazándole”, nota **CE**), el resto de los pronombres se ajusta a su uso correcto, pero Coloma a veces prefiere el cambio del original “lo” por “le” (“que allí le entenderán”, nota **BW**; “Llámele”, nota **CE**); otras veces sucede al contrario (“lo atormentaban”, nota **CD**). Otras correcciones intentan mejorar la expresión, solucionar posibles errores y hacerla más exacta: “¿Querréis creer, Juan…” por “Querrás creer, Juan…” (nota **O**); “… sólo distaría…” por “… sólo distaba” (nota **CP**); sin embargo, no se refleja en la edición de 1885 el cambio obligado de “avanzó” por “abalanzó” al final de la obra y que sí recogen las ediciones modernas (nota **CR**).

NUESTRA EDICIÓN

El texto que aquí reproducimos es el de la edición de 1885, primera edición de la novela donde se recogen ya todas las correciones que hizo Coloma a la edición de 1873. Los cambios a que el escritor jerezano sometió esta obra, con ser abundantes e interesantes como hemos intentado demostrar en las páginas precedentes, no son lo suficientemente importantes y trascendentales como para elegir el texto de 1873 como base de esta edición, labor que ya hicimos con *Juan Miseria*, novela en que las correcciones afectaban de tal modo al texto que prácticamente estábamos ante una versión nueva, por lo que optamos por mantener el texto original y acompañarlo de las modificaciones.

Para el cotejo de los textos no nos hemos limitado a estas dos versiones (1873 y 1885[18]), sino que además hemos utilizado la edición de 1887, 4ª edición corregida, y como modelo de edición moderna la que se incluye en las *Obras Completas* de Coloma del año 1940[19].

No podemos olvidar que *Caín* pertenece y así se ha incluido desde la edición de 1885 en el volumen titulado *Colección de Lecturas Recreativas*, por lo que a ese tomo correspondiente a las *Obras Completas* del autor debe dirigirse el lector para su consulta.

Por último, sólo nos queda añadir que se ha respetado escrupulosamente el texto de 1885, incluso la letra cursiva que algunas veces utiliza Coloma, sólo hemos modernizado la puntuación, la acentuación y la ortografía[20]. Al acompañar la edición con el Aparato Crítico al final del texto en el que anotamos todas las variantes, hemos introducido dos tipos de notas:

---

[18] *Caín* en *Colección de Lecturas Recreativas*, Bilbao, Mensajero del Corazón de Jesús, 1885, pp. 47-77.

[19] *Caín* en *Colección de Lecturas Recreativas*, 1884-1885-1886, dibujos de Apeles Mestres y Paciano Ross, fotograbados de J. Thomas y J. Casals, 4ª edición, Administración del Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao, 1887, pp. 119-149 (esta edición tiene una transcripción digital en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes). Y *Obras Completas* II, tomo I de *Lecturas Recreativas*, editorial Razón y Fe, Madrid, y El mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao, 1940, pp. 103-124.

[20] En cuanto a este último apartado sólo hemos cambiado seis palabras: “hierbas” (“yerbas”), “expirado” (“espirado”), “excavado” (“escavado”), “hiedra” (“yedra”), “septiembre” (“setiembre”) y “crujido” (“crugido”).

las numéricas, pocas e informativas, a pie de página del texto, y las alfabéticas que señalan las correcciones incluidas en dicho Aparato Crítico.

C A Í N[A]

L'intérêt personnel, sous de noms spécieux,
conduit secrètement leurs coups ambitieux.
Le peuple n'a jamais profité de leur crime;
il en fut le prétexte, il en est la victime.
Le Franc de Pompignam.

El interés personal, bajo especiosos nombres,
dirige secretamente sus ambiciosos planes.
El pueblo no se ha aprovechado jamás de su crimen;
él es el pretexto, y él es la víctima.

I

A la caída de una hermosa tarde de mayo de 1869[B], caminaba por el arrecife que va de Jerez al Puerto de Santa María un hombre, ya entrado en años, que llevaba delante de sí una burra. Iba ésta aparejada con una sola albarda sobre la que, sin jamugas ni asiento de ningún género, se sentaba una mujer de edad madura, que lloraba amargamente, limpiando de cuando en cuando sus lágrimas con los picos de un pañuelo catalán que cubría su cabeza. El mismo dolor, más comprimido[C], y quizá por eso más terrible, se leía en las facciones del hombre: caminaba con la cabeza baja, retorciendo entre sus manos la vara con que arreaba la burra, y a veces una lágrima, corrosiva como un ácido, iba a perderse entre sus patillas blanqueadas por los años o las penas. Solía entonces, como si quisiese disimular su pesadumbre, dar un fuerte varazo a la burra, diciendo bruscamente:

- ¡Arre, Molinera, que tienes paso de procesión!

Intimidada ésta, empinaba las orejas y aligeraba el paso; pero bien pronto volvía a su lento andar, caídas las orejas, que sacudía de cuando en cuando, y gacha la cabeza, como si participase del abatimiento de sus amos. Largo rato caminaron éstos en silencio, hasta que, señalando el hombre un pedazo[D] de tierra sembrado de melones y tomates que había a orillas del camino, dijo con ese tono fatigado del que, poseído de una gran pena, la disimula hablando de cosas indiferentes:

- ¡Qué bueno va este año el *cojumbral*[1] de Juan Pita![E]

La mujer ni levantó la cabeza ni respondió palabra, como si fuese extraño a ella todo lo que no hiciera referencia a su dolor. En aquel momento salió de un sombrajo, que colocado en un alto dominaba el cohombral[F], un hombre cargado con dos canastas de tomates, que, saltando la gavia que guarnece el camino, fue a emparejar con nuestros caminantes. Era Juan Pita[2] en persona.

- Dios guarde a V.[G], señó Miguel y la compaña -dijo incorporándose a ellos.

- ¡Hola, Juan! -contestó Miguel-. ¿Vas para el Puerto?

- No, señor, que voy a los *Jereles* a vender estas canastas de tomates, que son las primeras que se presentan hogaño en la plaza.

- No diré yo otro tanto. Los de mi huerta no van hasta que los soldados los comen.

- Pues los míos son tempranos y es fruta de médico.

- ¿De médico?...

- Sí; porque son los que pagan más caro. ¡Ya se ve; como que la noria de donde sacan el agua siempre está dando vueltas, la muerte!

- ¿Y a cómo los vendes?

- Pues estos que *otoavía*[H] verdean, a veintiún cuartos; y estos más maduritos a peseta, y ni un ochavo menos.

- ¿A peseta esos tomates, que más bien que[I] para un gazpacho sirven para engordar marranos?... Quiéreme parecer, Juan, que tienes la manga más ancha que la puerta del cementerio, por donde caben todos los que van y sobra sitio para los que vienen.

- ¿Y qué quiere V., señó Miguel!... Con los tomates de este año tengo que mercar un borrico.

- Pues mira que un borrico pesa mucho sobre la *concencia.*

- Esos son escrúpulos de beata, señó Miguel. Yo, antes de ser hortelano, fui abogado y aprendí a *calcular...*

Y Juan Pita, sonriendo cínicamente, levantó a la altura de su pescuezo la mano izquierda, cerrando uno a uno los dedos; significativo ademán que en todos los países conocidos se ha traducido siempre por lo que Dios prohíbe en el séptimo[J] de sus mandamientos.

---

[1] Deformación coloquial de "cohombral" (infra): "Sitio sembrado de cohombros (planta hortense, variedad de pepino, cuyo fruto es largo y torcido " (D.R.A.E.)

[2] Este personaje cuyo nombre en la ed. de 1873 es Juan Chanca, aparece con tal nombre en la novela *Medio Juan y Juan y medio* como socio del protagonista.

- ¿No es verdad, señá Joaquina? -añadió Juan-, que va V. ahí más callada que un poste, y más pomposa en su burra que si fuera[K] en un retablo.

Volvió Joaquina la cabeza y pudo Juan notar toda la aflicción que retrataba su semblante, y que hasta entonces no había percibido[L].

- ¡Caramba! -exclamó, soltando un voto y parándose en el camino-. ¿Qué tiene V. que lleva todos los tomates de mi canasto en los ojos?

Joaquina prorrumpió en nuevas lágrimas y Miguel guardó silencio.

- Pero... ¿qué ha pasado[LL], señó Miguel? -volvió a preguntar Juan Pita-. ¿Qué es lo que hay?

- ¿Qué ha de haber? -exclamó al fin Joaquina entre sollozos-. ¡Que Perico, mi vida, mi alma, el hijo de mis entrañas, ha salido soldado y se lo llevan hoy a Cádiz!...

- ¡Válgate[M] Dios, señora!... ¡Y yo que nada sabía! -exclamó Juan apesadumbrado.

- ¡Hijo mío! -prosiguió Joaquina llorando-. ¡Yo no lo parí ni lo crié para que pasase trabajos por esos mundos de Dios!... ¡Tan delicadito como está, hijo de mi alma! ¡Esto va a ser su muerte y ya no le veré más!

- ¡No tientes a Dios, mujer, que tiene el muchacho más rejos que un mulo manchego! -exclamó Miguel bruscamente.

Y dirigiéndose a Juan, añadió:

- Sino que a la mujer ésta se le ha puesto entre ceja y ceja que al chiquillo le va a suceder algo, y lo está llorando con tiempo y metiéndole aprensión.

- ¡Calla, Miguel, calla! -replicó Joaquina-, que de sobra conoces lo bien que digo, sino que en ti la procesión va por dentro... ¡Ay, Dios!, ¡y qué tragos más amargos nos traen los años -seguía lamentándose la infeliz mujer-. ¿Qué será de estos pobres viejos sin su Perico, que tanta falta les hace?

- ¡Vaya, señá Joaquina, que no es tan negra como V. la pinta! -dijo Juan Pita-. Desde que Adán pecó van los mozos a servir al Rey, y vuelven como si tal cosa; y mientras tanto, ahí le queda a V. Roque, que es un mozo como un trinquete.

Una amarga sonrisa apareció en los labios de Miguel, que vino a dar a su rostro contraído una expresión aún más dolorosa.

- ¡Roque! -murmuró amargamente-, ¡no le[N] matará a ése ninguna pena ajena!

- ¡Ese es otro clavo que tengo en el corazón! -exclamó Joaquina, al par afligida y colérica-. La tirria que le tienes a tu hijo Roque, y la cara de baqueta y los malos modos que siempre traes con él.

- No es tirria, Joaquina -replicó Miguel gravemente-; es que la venda de padre no me ciega

la luz del entendimiento, y veo que ese muchacho tiene malas entrañas.

- ¡Pobrecito mío! -gimió Joaquina-. ¿Qué sería de él sin su madre; que le[Ñ] quiere tanto y no tiene preferencias con ninguno?

- Tampoco yo tengo preferencias; pero conozco lo que cada cual vale... ¿Querrás[O] creer, Juan, que ese mal alma de Roque oyó que su hermano era soldado como quien oye llover; lo vio salir de su casa sin derramar una lágrima, y en vez de acompañarnos a su madre y a mí a despedir a ese bendito de Dios, se queda en la puerta[P] tendido a la bartola, más fresco que una lechuga?

- Pero, hombre, ¿iba a dejar la huerta sola? -replicó Joaquina, que, como todas las madres, siempre encontraba disculpa a las faltas de su hijo.

- Bien sabe hacerlo cuando se va de *juelga* al pueblo y a aprender por ahí picardías... Te digo que tiene mala sangre, Joaquina, y que nos ha de hacer derramar muchas lágrimas.

Calló la madre, como si comprendiese la verdad de las observaciones de Miguel. Éste sacó de la faja un pañuelo colorado, se quitó su sombrero calañés, y fingiendo enjugar el sudor de la frente, limpió dos anchos lagrimones que acudieron a sus ojos.

- ¡Anda, Molinera, anda, que la noche se viene encima!- dijo, arreando a la burra.

Mientras tanto, Juan Pita, ya fuera que le mortificase[Q] el desairado papel que hace una persona indiferente entre los que sufren una gran pena, ya que esa delicadeza, innata en el pueblo, le indicase que después del giro que había tomado la conversación estaba de más un testigo, aprovechó el silencio que siguió a las últimas palabras de Miguel para despedirse, y tomando por un atajo que llaman *La Trocha*, retrocedió hacia Jerez, donde pensaba vender sus canastas de tomates[R].

El afligido matrimonio siguió en silencio su camino, sin que se oyesen más que los pasos de Miguel y Molinera, los comprimidos sollozos de Joaquina, las esquilas del ganado que por diversos puntos se iba retirando a sus establos, y a lo lejos la voz de Juan Pita que, con esa tan general indiferencia del que tiene el pecho lleno de contentos hacia el que lo tiene de desdichas, se alejaba cantando:

En el hospital del Rey
hay un ratón con tercianas,
y una gatita morisca
le está encomendando el alma.[S]

Abismados Miguel y Joaquina en sus tristes pensamientos, pasaron en silencio los dos pilares que llaman *Las Cruces*, colocados a orillas del camino como dos centinelas que

marcan[T] la primera legua andada de Jerez al Puerto. Sale de allí una vereda que, obedeciendo a su propio instinto, tomó Molinera, y que trepa por un cerro árido, sin vegetación, cubierto de hierbas secas, que dejan asomar alguno que otro murallón negro, escueto y pelado, como asomarían por una sepultura excavada los huesos de un enorme esqueleto. Aquella es la tumba que el tiempo ha labrado al castillo de Sidueñas.

En aquel sitio se levantó esta imponente[U] fortaleza, armada de ocho torres que la fortificaban. Es opinión fundadísima que la reina de Castilla, doña Blanca de Borbón, vino a llorar entre aquellos muros los desdenes del rey don Pedro, y allí, por orden de éste, el ballestero Juan Pérez de Rebolledo le dio un tósigo, por haberse negado a este crimen, con gran valor y nobleza, Íñigo Ortiz de Zúñiga[3], primitivo guardador de la regia prisionera[V]. Hoy, gracias a una mano cuidadosa que supo incrustar como en un relicario lo que el tiempo y el abandono habían dejado de aquellos muros, que tanto han visto y tanto saben, queda del castillo de Sidueñas una de sus ocho torres, la de doña Blanca, que se alza sobre el cerro que cubre sus ruinas, como una cruz sobre una sepultura, como una corona sobre la tumba de un héroe. Encaramada sobre su alto pedestal[W], no tiene una flor que la adorne, ni siquiera una guirnalda de hiedra que la abrace y la sostenga. Severa como cuadra a la guardiana de una tumba, altiva como corresponde a la última morada de una reina, se ciñe su corona de almenas y muestra a su frente un escudo, en que, bajo una corona de marqués, campea el león de Castilla y se destacan las tres barras de Aragón.

Allí radica el título de los marqueses del Castillo del Valle de Sidueñas[4].

Rodean aquel cerro triste y pelado[X], a la manera que para disimular el horror de la muerte circundan un sepulcro de jardines, cuatro frondosas huertas: la Martela, la de los Nogales, la del Algarrobo y la del Alcaide.

Nace en esta última, al abrigo de una porción de álamos blancos[Y], un manantial que lleva el dulce nombre de *La Piedad.* y que, pródigo y compasivo como su nombre, manda uno

---

[3] El lugar de la muerte de Dª Blanca de Borbón, por orden de su marido el rey Pedro I, es uno de esos misterios que la historia aún no ha podido desvelar. La torre del castillo de Sidueñas, a la que hace referencia aquí Coloma, la torre de Dª Blanca, homónima de la anterior, ubicada en Medina Sidonia y el alcázar de Jerez, sin olvidar tampoco el castillo del Berroquejo o Berrueco, se reparten el dudoso honor del lugar de la muerte de la desgraciada reina. Aunque de este suceso se hacen eco todos los cronistas e historiadores de Jerez y sus alrededores, podemos citar aquí, a modo de información o ejemplo, al Padre Esteban Rallón, *Historia de la ciudad de Xerez de la Frontera*, ed. de Ángel Marín y Emilio Martín, Cádiz, Universidad de Cádiz y Servicio de Publicaciones del Ayto. de Jerez, 1998, t. II, p. 104, y a Pablo Antón Solé y Antonio Orozco Acuaviva, *Historia medieval de Cádiz y su provincia a través de sus castillos*, Cádiz, Instituto de Estudios Gaditanos, pp. 228-230.

[4] Como hemos visto, la primera edición de esta obra incluye una dedicatoria al "Sr. D. Juan Manuel Ponce de León y Gordon, en prueba de aprecio y simpatía" que Coloma suprimió en la segunda redacción. La dedicatoria tiene su sentido si sabemos que D. Juan Manuel Ponce de León fue el 5º marqués del Castillo del Valle de Sidueñas. Véase la introducción.

de sus caños a fertilizar las huertas, mientras el otro sigue el camino del Puerto de Santa María, se detiene ante una ermita arruinada, para acatar la majestad caída, para llorar las ruinas que el hombre hace, indignado ante el abandono del cristiano, y sigue luego pesaroso[Z] su marcha, mientras la ermita, sola, triste, con sus muros destruidos, su iglesia sin puertas ni techo, su campanario sin cruz que lo corone ni campanas que le den lengua, no protesta como el arrogante, ni se queja como el débil, ni se lamenta como el triste, sino que inútil cual un altar[AA] sin santuario, destruida cual un cuerpo sin alma, pero imponente cual un rey sin corona, en la doble majestad de su grandeza pasada y su desgracia presente, se desmorona en silencio...

II

Siete años iban a cumplirse desde que Miguel y Joaquina tenían arrendada la huerta del Alcaide, a la que sirve de casa, y como tal se le[AB] tiene señalada, la torre de doña Blanca. Miguel labraba la huerta ayudado de sus hijos Perico y Roque, y éstos iban a vender la fruta y la hortaliza en la plaza de abastos de Jerez de la Frontera[5].

Perico, el mayor, tenía esa buena fe, esa expansión que se hermanan[AC] tan bien con la juventud -hermosa edad en que el corazón, de par en par abierto[AD], ni abriga temores ni encierra desconfianzas-, como con la alegría se hermana la risa. Amante de sus padres hasta la exageración, si la exageración cupiese en el santo y obligatorio amor de hijo, que la naturaleza manda y el agradecimiento sanciona, su dicha era proporcionarles un gusto, y su felicidad verlos tranquilos, descansados y contentos. Roque, por el contrario, tenía ese egoísmo que en la edad madura repugna como un vicio, y en la juventud horroriza como una aberración: la envidia, que siempre supone perversidad de corazón y alcances limitados, porque las almas elevadas sólo conocen rivalidades, daba a su carácter un tinte amargo e incisivo[AE], como da la bilis su color verdusco[AF] a las facciones de ciertos enfermos. Era

[5] Véase para más información sobre el marco espacial en el que se desarrolla el relato la siguiente descripción que del castillo de Dª Blanca nos hacen Juan José López Amador, Enrique Pérez Fernández y José Antonio Ruiz Gil en la *Revista de Arqueología*, nº 82, 1988, p. 42: "SIDONIA.- Reconocemos con este nombre un paraje situado en las faldas de la Sierra de San Cristóbal, vertiente del río Guadalete y del Puerto. De cualquier forma, el término de Sidonia no se repartió hasta 1283, reinando Sancho IV… Para Hipólito Sancho, Sidonia comprendía la torre, que actualmente se conoce como de Dª Blanca y las huertas de la antigua Madre Vieja del Guadalete, contaba con la categoría de concejo y formaba parte de la zona de influencia de Cádiz, poseía una iglesia y los diezmos eran cobrados por los vecinos del Puerto de Santa María. En 1373 hubo un pleito con la ciudad de Jerez por la posesión de Cidonia. Según este autor la población desapareció en el último cuarto del

ambicioso en el mezquino círculo de ideas[AG] en que se agitaba, porque los modernos revolucionarios, al servirse del pobre como de un instrumento, le han quitado aquella bendita conformidad que la religión y la caridad del rico mantenían en él, y que le daba en su pobreza fuerzas, y en sus dolores esperanzas. ¡Pobre pueblo que vierte locamente el bálsamo que curaba sus heridas! ¡Pobres ricos que no saben conjurar la tormenta, cuyos primeros truenos ya resuenan y cuyos primeros rayos han comenzado ya a incendiar y destruir!...[AH]

Como todos los ambiciosos, ya sean de levita, ya de chaqueta, Roque no tenía en sus solapados planes más confidente que su egoísmo; porque la desconfianza como los escuchas en un ejército, precede siempre con los ojos abiertos y aguzadas las orejas a su madre la ambición.

La vida de Miguel se deslizaba tranquila en su holgada pobreza, compartiendo su cariño entre su mujer y sus hijos[AI]. Pero, al cumplir Perico los veinte años, fue interrumpida aquella dulce monotonía por esa pesadilla que quita el sueño a tantas madres, esa negra nube que todos los años se cierne, lo mismo sobre la casa del rico que sobre la del pobre, pero que el dinero de aquél evita, y la pobreza de éste sufre: ¡las quintas!

Perico, en quien se cifraban tantas esperanzas, aquel modelo cumplido de amor de hijos *tuvo que meter mano en cántaro,* y le tocó la suerte.

En vano el infeliz muchacho intentaba, aparentando serenidad, consolar a sus padres. Mal puede consolar quien necesita de consuelo; y el dolor, brotando[AJ] de aquellos tres corazones que tanto se amaban, fundíase en un solo raudal de lágrimas, para recibir una nueva herida, estrellándose contra la fría indiferencia de Roque, a quien jamás inmutaron penas de otros[AK]. La violencia del pesar hacía aún más expansivo y cariñoso al infeliz Perico. Su hermano, por el contrario, recibió el abrazo de despedida del pobre quinto, sin tener para él una palabra de consuelo ni de ternura; sólo al verle desaparecer en compañía de sus padres, se encogió de hombros y dijo brutalmente:

- ¡Hasta que traigas nietos, Perico!...[AL]

La estación del ferrocarril presentaba en aquella hora una de esas escenas que, en la imposibilidad de remediar, hacen al alma compasiva deshacerse en lágrimas; lágrimas que son el último baluarte de la caridad, que cuando no remedía ni alivia, consuela llorando con el que llora.

Cada quinto tenía allí su padre o su madre, su hermana o su novia; resonaban por todas partes los lamentos de los que se quedaban y los consuelos de los que se iban; en unos,

---

siglo XV… El altozano donde se asienta pasó en el siglo XVI a ser un centro agrícola hasta su concesión en nuestros días como zona arqueológica”.

promesas de amor eterno; en otros, promesas de eterna memoria... ¡Como si tras el amor no viniese la indiferencia, y tras la memoria el olvido!

Oíase, sobre todo, esa palabra que siempre trae tras sí lágrimas, lluvia del corazón, como el viento trae[ALL] tras sí agua, lluvia del cielo; palabra que entre personas queridas jamás pronunció la alegría, porque representa siempre la triste idea de la ausencia que separa; palabra reservada al dolor, que es la pena viva; a la tristeza[AM], hija del dolor que se resigna y vive dormido; o a la melancolía, hermana de la tristeza, que ya no llora, sino suspira: *¡Adiós!*

¡Cuántos de aquellos pobres quintos la decían por última vez!

Sentado en un rincón de la sala de descanso de tercera clase, Perico apretaba las manos de su madre, mientras ella enjugaba las lágrimas que, como gotas de acíbar, destilaba su corazón, y surcaban sus mejillas, arrugadas antes de tiempo. En pie, delante de ellos, Miguel tenía en la mano un morralillo que encerraba el miserable equipo[AN] de su hijo y, de cuando en cuando, el dolor, venciendo la fortaleza del hombre, brotaba en un sollozo o corría en una lágrima. ¡Joaquina había colgado al cuello de Perico un escapulario de la Virgen de los Milagros, que se destacaba sobre su chaqueta de bayeta amarilla, brillando como un consuelo entre penas, como una esperanza entre dolores, como una promesa en la angustia, como un refugio en el desamparo!...

- ¡Ea, madre, no se apure V., que tres años se pasan en un vuelo! -decía Perico, esforzándose por sonreír, mientras los ojos se le arrasaban en[AÑ] lágrimas.

- ¿Tres años sin verte, y quieres que no me apure? ¿Y quién me consuela mientras, quién me ayuda a llevar esta pena, quién me dice que te veré volver como te veo ir?... Madre mía de los Milagros, ¿qué será de mi hijo?...

- Ella cuidará de él, mujer; no te aflijas[AO], que con llorar no has de remediarlo -replicaba Miguel.

- ¡En ella confío, en ella confio! -gimió devotamente la madre-. ¡Rézale mucho, hijo de mi alma, que ella sola es el amparo de los pobres y el refugio de los desgraciados!

La campana que anuncia la salida del tren suena, al fin, haciendo latir tantos corazones y de tan diverso modo: ábrense las puertas y aquel tropel de padres y de hijos, aquella avalancha de dolor y de lágrimas que, como las primeras al rodar por la montaña arrastran tras sí nuevas nieves[AP], recogía por dondequiera que pasaba nuevas lágrimas, se precipita en el andén, poblando el aire de lamentos y de compasión los corazones. Llega el tren lanzando resoplidos, como un monstruo fatigado, y se detiene para recibir nueva carga, y luego continuar[AQ] su afanosa carrera. Vele llegar Joaquina y quisiera tener fuerzas para hacerle retroceder; convulsamente agarra a su hijo por el brazo, pero ya es preciso que marche; ya van

cerrando las portezuelas de los coches, y el fatal grito de *¡Viajeros*[AR] *al tren!* se deja oír. Joaquina se abalanza al cuello de su hijo y cree que va a expirar al estrecharle[AS] contra su corazón.

- ¡Hijo mío, hijo mío, hijo de mi vida ! -exclamaba en tono desesperado y derramando un raudal de lágrimas.

Mientras tanto, Miguel, llorando como un niño, le abraza[AT] por el otro lado y, sin ser sentido de nadie, introduce en el bolsillo de su chaqueta treinta[AU] reales, resultado de sus ahorros, sudor de su frente, fruto de su trabajo[AV], que tantas privaciones representaba. ¡Santo amor de padre, que desgarra el alma en su tierna[AW] sencillez!

Ya suena la campana que anuncia la salida del tren, y Perico, con el corazón desgarrado, corre a subirse antes que se ponga en movimiento. Joaquina quiere aún volverle a abrazar, pero ya el tren se ha puesto en marcha; lánzase hacia él, sin reflexionar lo que hace, y logra agarrarse al estribo y rozar con sus labios la frente de su hijo; mas las fuerzas le faltan, y despedida como una pelota viene a chocar su cabeza entre la vía.

¿Pero qué le importa a ella, si consiguió dar un[AX] último beso a su hijo querido?

III

Sentado Roque en una piedra de molino, enseñaba varias habilidades a un podenco, a quien[AY] en su afán de hacer daño había cortado el rabo y las orejas.

- Ahí viene un *monarco* -decía, alzando una vara.

Y el perro ladraba, corría de un lado a otro y agitándose furioso parecía embestir.

- Ahí viene un republicano -decía bajando el palo.

Y el animal llegaba saltando, gruñía mansamente y se acostaba humilde a sus pies.

Leíase en el rostro del muchacho el brutal *qué se me da a mí,* hijo de esa[AZ] falta de delicadeza, que muestra en su frente la insolencia, como una diadema, lo mismo que, como un blasón, suele el vicio llevar ante sí el asqueroso cinismo. Al verle recostado en la pared, caída la faja, que dejaba asomar la camisa, atrás el sombrero y[BA] martirizando sin cesar a su pobre perro, hubiérasele notado cierto aire de familia con cuatro marranos que, importándoseles un bledo las gloriosas ruinas en que dormían, disertaban no lejos de allí sobre las delicias de la vida *confortable* y la nada de las pompas humanas que, como el castillo de Sidueñas, al fin y

al cabo vienen al suelo, dignos seides[6] de la época en que la actualidad borra el recuerdo del ejemplo que enseña, en que la materia ensalzada se atreve a luchar con el espíritu negado, y en que el estómago llega a vencer a la inteligencia, y, lo que es peor, a la conciencia misma.

Joaquina, sentada en el umbral de la puerta, desgranaba unas mazorcas de maíz, y sonreíase de cuando en cuando[BB] al ver la estúpida atención que ponía Roque a las habilidades del perro.

- ¡Qué arrimado a la cola eres, muchacho! -le dijo al fin-. Si te caes a cuatro pies y te sale un rabo, de seguro que no te levantas.

- Pues así me parió V.; conque suya es la culpa -replicó Roque.

- Verdad que te parí, hijo; y cuando veo que hecho un *jarón* se te pasan[BC] las horas muertas sin que hagas nada de provecho...

- ¡Me da la gana! -la interrumpió el indómito muchacho.

- Con tu pan te lo comas, hijo[BD], que para ti haces -prosiguió la paciente madre-; pero lo digo al tanto de que mientras tú bigardoneas, está tu padre allá en el naranjal trabajando como un negro.

- ¿Y quién le manda trabajar?... El que por su gusto se muere, hasta la muerte le sabe.

- En casa del pobre, el día que no se trabaja, no se come, y aquí hay muchos a gastarlo, pero a ganar está él solo[BE].

- Pues si quiere que le mantengan, que se meta en el Asilo y allí le[BF] mantendrán.

- ¡Calla, calla esa boca, que merece picarse[BG] para los perros la lengua que tal dice de su padre!... ¿Te enseña eso el mala sombra que te lleva a los *cluns* (clubs)[7], que[BH] han de ser tu perdición y la mía?...

- Yo hago lo que me da la real gana, y a V. nada le importa que de mi capa arregle un sayo.

- Me importa, y mucho; que ni la camisa que llevas puesta te pertenece, cuanto más[BI] la voluntad.

- ¡Vamos, déjeme V. ya el alma quieta y métase la lengua en un zapato! -contestó Roque con esa superioridad despreciativa, propia del hijo emancipado, que de las ciudades ha llegado a los campos.

- ¡Anda, alma de Caín, que en el infierno te lo dirán de misas!... Los malos hijos viven mal y acaban peor.

---

[6] Seide: Tipo de asesino fanático, perfectamente caracterizado por Voltaire en una célebre tragedia sobre motivos de la historia otomana. Por extensión, figuradamente todo asesino fanático, singularmente por opiniones de secta religiosa o política. (*Diccionario nacional o Gran diccionario clásico de la lengua española*, de Ramón Joaquín Domínguez, 1853, 5ª ed.).

[7] Tanto las cursivas como los paréntesis pertenecen a la edición.

- ¿Sermón tenemos?... Pues, predícame, padre, que por un oído me entra y por otro me sale -contestó Roque, volviendo la espalda.

Y por mortificar a su madre, alejose cantando:

Republicana es la luna,
republicano es el sol,
republicana mi *jembra*,
republicano soy yo[BJ].

La pobre madre siguió en silencio su tarea, mientras lentas y calladas[BK] surcaban sus mejillas las lágrimas que el brusco egoísmo y el mal natural de Roque traían de continuo a sus ojos. Y como la memoria es un manantial inagotable de penas cuando nos recuerda el amor de una persona que ya no existe o vive lejos de nosotros, aumentaba su pesar comparando la conducta de Roque con la de su otro hijo, Perico, tan amante y tan amado.

- Él volverá -se decía.

Y la esperanza, que es el consuelo de un bien futuro, dulcificaba en su corazón el recuerdo, que es la tristeza de un bien pasado.

Embebida Joaquina en estos tristes pensamientos, no vio a[BL] un hombre largo y huesudo, que, subiendo apresuradamente el[BLL] cerro, llegó a colocarse frente de ella.

- Salud y fraternidad -dijo campanudamente.

- ¡Caramba! -exclamó Joaquina sobresaltada-. ¡Qué susto me ha dado V.!...

- ¿Tan feo soy que causo miedo? -preguntó el recién venido.

- Como que si es verdad que el hipo se cura de un susto, con sólo asomar las narices pone V. remedio.

No exageraba Joaquina: cuatro brochazos de Goya hubieran copiado de aquel hombre el tipo del patán, disfrazado con la levita, que odia porque la envidia, como con la piel del león se disfrazaba el asno; del[BM] cacique engreído que, como el tuerto, es rey en tierra de ciegos; del *propagador de luces* que, como los fósforos, vende al por menor; y así como éstos ahúman, ennegrecen y no alumbran, este *cerillero intelectual* va manchando las inteligencias y las conciencias del pobre pueblo, que ciego le escucha por cuatro miserables ochavos.

Aquella fisonomía vulgar e insulsa, aquellos ojos bizcos que, practicando el *nosce te ipsum* de los antiguos, de cuando en cuando se escondían para verse por dentro; aquel largo y mugriento gabán con honores de toga romana[BN]; aquella corbata verde, roja y blanca, colores de la república, pero de una república tan desteñida, que el verde había pasado de la esperanza al desengaño, el rojo de la púrpura de Tiro[BÑ] al morado de penitencia, y el blanco de la

inocente pureza a la inocencia perdida; por último, y sobre todo esto, aquella tremenda cachiporra en que se apoyaba, con el mismo aire seguro con que un ciudadano pacífico se apoyaría en sus *derechos individuales*, diseñaban exactamente al orador federal, no exponiendo, sino empuñando sus argumentos; al amigo de Roque, temido de su madre; al Mefistófeles que le imbuía peligrosas ideas, aconsejándole en nombre de la patria, hurtar a su padre dineros que, como en el pozo Airón[8], donde se entra y no se sale, caían en sus profundos bolsillos[9].

No es de extrañar, por lo tanto, que con una cara muy semejante a la que pondría San Antonio al diablo cuando le tentaba en el desierto, le dijese Joaquina:

- ¿Qué mal viento le trae a V. por aquí, con esa corbata *apretáa* de hambre?

- El bien de la patria -replicó el federal, con la retumbancia del viento.

- Pues aquí no vive su mercé, conque déjenos de tantos bienes, que no convienen.

- ¡Señora! -exclamó el federal, que parecía azorado-, basta de cuchufletas necias, y dígame usted[BO] dónde anda Roque, que tras él vengo.

- Roque ha *dío* al pueblo a vender la hortaliza[BP], y hasta la noche no vuelve -contestó Joaquina, mintiendo con el aplomo de un diplomático.

- Pues lo esperaré aunque sea hasta mañana.

- Hágalo V. sentado, para no cansarse -replicó Joaquina levantándose impaciente; y con una caña en la mano fue a recoger una porción de gallinas que vagaban errantes, para ponerlas durante la noche al abrigo de rateros[BQ].

Mientras tanto, paseábase el federal por delante de la torre, volviendo la cara en todas direcciones, parándose a cada instante para[BR] escuchar a lo lejos, y mirando con ansiedad hacia el sitio por donde debía de volver Roque. Quiso la fortuna que sus inquietos ojos tropezaran con una lápida de mármol blanco que corona la puerta de la torre, donde se lee: "que el amor a las glorias de su familia hizo al actual Marqués del Castillo[10] emprender la restauración de este monumento histórico" [BS].

- ¡Oh vanidad de los ricos, que desprecio!... ¡No he de dejar de ti piedra sobre piedra!.. -

---

[8] Pozo famoso por la imposibilidad de calcular su profundidad. Varias son sus localizaciones: en la provincia de Cuenca, cerca de La Almarcha; en Málaga, cerca de la alcazaba; en Granada, en la falda del Albaicín; y en Segovia. Varias son también las frases proverbiales referidas a su característica: "caer en el pozo Airón", "Se lo tragó el pozo Airón" (al parecer del árabe "haurón": "hondo").

[9] La fealdad es, como ya hemos comentado en la introducción, consustancial al tipo de republicano que nos describe Coloma. Véase también su novela *Mal-alma*.

[10] Inserta Coloma a pie de página la siguiente nota que no aparece en la ed. de 1873: "(1) El Excmo. Sr. D. Francisco Ponce de León y Villavicencio." Se refiere aquí el autor al cuarto Marqués del Castillo del Valle de

exclamó el federal, parodiando el odio y la espantosa jactancia con que Séneca hace decir a la vengativa Medea: *Medea superest*![11]: ¡Medea basta![BT]

Pero cortó sus bríos la voz de Joaquina que, con esa malicia y esa profunda intención que usa el pueblo andaluz cuando se burla, cantaba:

La vista recogida
mucho penetra:
eso dijo una niña
porque era tuerta.

- ¡No venga V. tirándome pullitas! -gritó el federal, colérico al comprender el sentido de la copla.

- Pues claro está que sé yo de qué pie cojea el banco: aquí viene de perilla aquello de *¿por qué no come el neguito pan? Porque non dan*.

- O porque no quiere; que tapando los husillos de mi casa, tengo yo los escudos de armas -replicó el cacique-. ¡Pero más que esos títulos pomposos –añadió, sacudiendo su mugriento gabán- valen estos nobles harapos que me cubren!

- ¿Con *guindajito y tóo*? -preguntó la chusca Joaquina, señalando con la punta de la caña una redondela de cartón que, a guisa de cruz, traía el federal en el pecho.

Aquella redondela, que metafóricamente era medalla, estaba forrada de papel azul: en su anverso se leía *18 de septiembre*, y en su reverso *¡Viva el pueblo soberano!* [BU] .Una cinta de las que llaman *tripilla de pollo* la sostenía; y personificando el quiero y no puedo, imitaba sobre el mugriento gabán una gloriosa cruz en el pecho de un veterano.

- ¡Sí, señora, con *guindajito y todo*! -exclamó el cacique furioso-. Esta medalla es un monumento que recordará siempre el triunfo de la Revolución y el heroísmo del pueblo[BV].

- Ea, bien -replicó cachazudamente Joaquina-. Pues lleve V. siempre el paraguas debajo del brazo, porque al primer chaparrón que caiga sobre ese *menumento* me lo desmorona.

- Nada importa que se desmorone; que aquí estoy yo para sostener sus doctrinas.

- Pues vaya V. a *preicar* en un cortijo sin gente, que allí le[BW] entenderán.

- Señora, yo, cuando hablo, hago del pueblo lo que quiero.

- ¿Y por qué no se hace V. una levita y manda la que trae al hospital, para que la echen en el[BX] puchero y suelte la grasa?...

De nuevo iba a contestar el indignado cacique, pero la llegada de Roque le atajó la

---

Sidueña, padre de D. Juan Manuel Ponce de León al que dedica la obra en su primera edición. Ver la nota A del aparato crítico.

palabra: traía en la mano una espuerta de habas, y seguíanle hasta media docena de pavos, que ansiosos picaban la espuerta.

- ¡Roque, hijo mío! -gritó el cacique, corriendo hacia él-. Llegó la hora de gritar: ¡Viva la República!

- ¡Glu, glu, glu, glu! -clamaron los pavos, asustados por[BY] aquellos gritos.

- Compadre, hasta los pavos dicen ¡viva![BZ] -replicó Roque, admirándose de encontrar aquellos cofrades que, haciendo abstracción de las plumas, eran como él bípedos.

Alarmada Joaquina al ver que el federal y Roque se alejaban por detrás de la torre hablando con misterio, siguiolos[CA] lentamente, oculta primero tras un pajar y luego tras un carro, que por tener una rueda rota ya no servía. A las primeras palabras del cacique, Roque se llevó las manos a la cabeza como espantado[CB]; pareció luego por sus ademanes que aquél trataba de persuadir al muchacho de algo a que mostraba repugnancia, y el viento trajo distintamente a oídos de Joaquina estas palabras: *Causa del pueblo.—Patria.—Despotismo de los ricos.— Reparto de bienes.*

- ¿Y si me pegan un balazo? -contestaba Roque a sus razones.

La pobre madre sintió frío en el corazón, como si aquella bala hubiese ya partido el pecho de su hijo. Pareció al fin Roque ceder a las razones del cacique, y apretándole éste ambas manos con entusiasmo, le dijo:

- ¿Conque llevarás tu escopeta y la de tu padre?...

- Sí -contestó Roque. Y con la cabeza baja y el aire taciturno, como si alguna grave idea le preocupara, tomó el camino de la huerta[CC] donde, en un sombrajo hecho a propósito, tenía su cama.

Joaquina no se atrevió a detenerle; entró de nuevo en la torre, e instintivamente fue al sitio en que Miguel acostumbraba a colgar su escopeta. La escopeta no estaba allí, y al salir Miguel no la llevaba; luego Roque la tenía. Una inquieta curiosidad hacía a la pobre madre dar vueltas de un lado a otro, sin dirección fija; sentose al fin en el umbral de la puerta y con la cabeza entre las manos y 1a vista fija en el suelo, quedó inmóvil. Su imaginación, aguijoneada por la incertidumbre, corría arrastrando tras sí aquel pobre corazón de madre, estremecido ante las azarosas ideas que lo[CD] atormentaban.

Poco a poco se fue el sol y tras él la luz, y unas después de otras vinieron luego las estrellas, y a medida que las sombras avanzaban, avanzaba también la angustia en el corazón de Joaquina. Llegó Miguel del trabajo, y se metió en la cama después de cenar, serio y taciturno, como tenía de costumbre.

---

[11] Séneca, *Medea*, acto II, esc. 1ª, v. 166.

Entonces salió Joaquina a la huerta, y atravesando lo sembrado, dirigiose rápida y calladamente al sombrajo de Roque. Un candil lo alumbraba. Molinera dormía en su cama de estiércol, junto a la hortaliza revuelta y el serón vacío. Roque, sentado en un pitaco, daba aceite, que sacaba de un cuerno, a las llaves de dos escopetas, cuyos limpios cañones brillaban a la luz.

IV

- ¿Qué haces levantado a estas horas, muchacho? -dijo Joaquina, entrando de repente en el sombrajo.

Roque se levantó de un salto, dejando caer al suelo las armas, y contestó entre airado y sorprendido:

- ¿Y a V. qué le importa?

- ¡Por María Santísima, dime qué es esto! -preguntó ansiosa Joaquina, dando con el pie a las escopetas.

- ¡Señora!, váyase V. de aquí, o hago un disparate.

- ¡No me iré!, ¡no me iré! -gritó la infeliz madre, cayendo en el pitaco que antes ocupaba su hijo.

Roque, sin decir palabra, la cogió por un brazo, y de un fuerte empellón la arrojó fuera.

- ¡Pícaro!, ¡pícaro! -gimió Joaquina-; ¡que voy a llamar a tu padre!...

- ¡Llámele V., que para los dos hay! -contestó Roque, amenazándola[CE] de nuevo con el puño.

- ¡Jesús!, ¡Jesús! -murmuraba Joaquina, huyendo de aquel lugar como de un sitio maldito.

Miguel, dormido hacía largo rato, no sintió a Joaquina que, sin desnudarse, se metió maquinalmente en la cama; pero el dolor y la zozobra ahuyentaban el sueño de sus párpados, y una detrás de otra vio pasar las primeras horas de la noche, con la lentitud de la desgracia, dejando cada cual una arruga en su frente y una herida en su corazón, y espantosas y terribles, como un peligro que se presagia, se adivina, se ve llegar, y no es posible conjurarlo...

De pronto, se incorporó en el 1echo tan bruscamente, que Miguel despertó sobresaltado; su oído alerta oyó aullar el[CF] podenco de Roque, y luego unos pasos que ligeros se perdían a lo lejos.

- ¿Qué tienes que no estás quieta un momento? -preguntó Miguel.

La pobre Joaquina se encogió de nuevo en la cama, y hubiéranse podido oír los latidos de su corazón de madre, que le reventaba en el pecho de dolor, de angustia y de zozobra, por la suerte de su infame hijo. Poco tardó Miguel en dormirse; y Joaquina, deslizándose entonces de la cama, se arrastró hasta la puerta, pero rechinó la llave en la cerradura; Miguel se agitó de nuevo entre sueños, y la infeliz permaneció pegada a la puerta, sufriendo en vida las angustias de la muerte.

Salió al fin al campo. La noche estaba oscura y negra como una mala conciencia y, tropezando en su veloz carrera con árboles y plantas, voló Joaquina al sombrajo de su hijo. Aún ardía el candil pendiente de una estaca; pero su triste reflejo sólo alumbraba aquel recinto vacío.

- ¡Roque!, ¡Roque! -llamó Joaquina, en queda y contenida voz, tendiendo hacia todas partes sus extraviados ojos.

Nadie le contestaba, y sólo se oía, en el silencio de la noche, el ruido de una hoja que caía para morir, y el leve sonido del viento al hacerla su juguete.

- ¡Madre mía de mi alma!... ¿dónde está mi hijo? -exclamó, corriendo ciega a los naranjales- ¡Virgen de los Milagros, ve con él y no le abandones! Y de nuevo volvía[CG] a gritar: -¡Roque!, ¡Roque!

- *¡Roque!, ¡Roque!* -repetía el eco en las copas de los naranjos, en tan triste son, que parecía un lamento.

Joaquina corrió al arrecife y llegó hasta Las Cruces, llamando a su hijo. Volvió de nuevo al sombrajo, después a la ermita, luego otra vez al camino, y siempre el mismo silencio cruel y la incertidumbre misma. Hasta el amanecer duró aquella espantosa carrera, en que la angustia le daba alas, fuerzas el dolor y la zozobra alientos. Rendida al fin, volvió a la torre y se echó en la cama junto a Miguel, que aún no había despertado. Por su extraviado cerebro pasó la idea de despertar a éste y pedirle auxilio en su aflicción; pero ya fuese piedad hacia el pobre viejo, o quizá que sus labios de madre se negasen a acusar a su hijo, encontró fuerzas para sufrir sola, y esperar a que al rayar el alba Miguel marchase al trabajo.

Entonces tomó precipitadamente el camino de Jerez. Varias mujeres y chiquillos que azorados huían de allí, se cruzaron con ella en el camino: unas traían colchones, mantas otras, y algunos[CH] utensilios de los más necesarios.

Por éstas supo la infeliz madre que desde la víspera se batía la tropa con el pueblo y que, suspendido el tiroteo por la noche, al amanecer había estallado de nuevo; dijéronle también que el regimiento de Málaga había llegado de[CI] Cádiz, y en aquel momento entraba en la lucha.

- ¡Allí está mi Perico! -gritó la infeliz madre, llevándose las manos a la cabeza-. ¡Mis hijos!, ¡los hijos de mi alma frente a frente! -decía al correr a Jerez como loca, comprendiendo al fin que Roque se hallaba en las barricadas.

Veloz como el rayo subió Joaquina la empinada cuesta que llaman de las *Playas de San Telmo,* dirigiéndose sin descansar a la Cruz Vieja, teatro de la lucha. Al salir por la calle Galván, una barricada le cortó el paso; varios paisanos la ocupaban, trayendo unos municiones, acarreando otros piedras y losas de las aceras que acababan de arrancar, y algunos, con las carabinas echadas a la cara, prontos a hacer fuego.

- Señora, ¿qué trae V. aquí? -dijo uno empujando rudamente a la infeliz mujer, que no sabía sino exclamar:

- ¡Mis hijos! ¡Mis hijos!

Joaquina volvió atrás sus pasos, procurando, al pasar por otras calles, dar la vuelta a la barricada. Los vecinos, que por las puertas y ventanas entreabiertas seguían curiosamente los pormenores de la lucha, miraban con extrañeza aquella mujer que desalentada[CJ], con el pañolón echado atrás y llorando desconsoladamente, cruzaba las calles sin miedo a las balas, ni a los atropellos de la tropa, ni al fuego de los paisanos. ¡No sabían que era madre!

- ¡Joaquina! -gritó de repente una voz de mujer al entrar ésta en la calle del Molino del[CK] Viento.

Parose la desgraciada en mitad de la calle[CL], volviendo a todas partes sus extraviados ojos y, no viendo a nadie, siguió su fatigosa carrera; pero una mujer que salió de una casa de vecindad la detuvo por el vestido, exclamando:

- ¡Alma de Dios!, ¿dónde vas por ahí, a que te peguen un balazo?...

- ¡Mis hijos! -barbotó Joaquina.

Y sin que pudiese[CLL] articular otra palabra, extendió la mano hacia el sitio en que, ronco y amenazador, retumbaba el tiroteo.

- ¡Para eso sirven, para eso sirven los hijos! -gritó aquella mujer, con esa vehemencia de la gente del pueblo-. ¡Ojalá que[CM] se ahogaran al nacer, o se muriese una al parirlos!

Varias vecinas salieron de la misma casa y rodearon a Joaquina que, dejada caer en un montón de piedras[CN], lloraba sin consuelo.

- Éntrese V. aquí, señora -le decían-, ¡y no tiente a Dios por esas calles!

- ¡Yo no tengo sosiego hasta que los encuentre! -gemía Joaquina-. ¡La bala que les[CÑ] alcance a ellos ha de pasarme a mí primero!...

Y como la vehemencia del dolor rechaza las razones, para correr tras la pasión que la excita, arrancose bruscamente de los brazos que la sostenían. Una de aquellas mujeres tenía

en el Cerro-Fuerte un puestecillo de fruta, abandonado desde la noche antes al empezar el tiroteo; diole a Joaquina la llave, aconsejándole que, puesta allí al abrigo de las balas, viese si descubría a sus hijos. La pobre mujer se encaminó hacia allá, mientras las vecinas lloraban al verla ir, con ese contagioso desconsuelo que sienten las madres ante la desgracia de otra madre.

Aquella miserable tiendecilla[CO] sólo distaba[CP] veinte pasos de una barricada que, apoyándose en la magnífica ruina de la casa de Villapanés, cerraba la calle del Cerro-Fuerte. Del lado de allá estaba la tropa y del de dentro los paisanos.

Las puertas de la tienda habían sido abiertas de par en par, revuelto su pobre menaje, destrozado el mostrador y rotos algunos cuadros de santos que colgaban de las paredes; sólo quedó intacta una estampa de la Virgen clavada en la pared, en la cual[CQ] fijó Joaquina esa mirada desolada del dolor cuando, agotadas las lágrimas y los sollozos y los gritos, se reconcentra en el pecho y allí corroe y despedaza en silencio si la cristiana resignación lo enfrena; pero, cual un torrente de lava, se desborda y tala y destruye cuanto a su paso se opone, si la desesperación impía rompe sus diques.

Joaquina entornó la puerta al sonar los primeros tiros y, mirando por el hueco, oyó a lo lejos el estruendo de la lucha que furiosamente se empeñaba, y cual sombras fantásticas veía cruzarse a los combatientes envueltos en una capa de negro y espeso humo que, al hacerse más compacta, cayó como una cortina por delante de aquel terrible escenario. La tropa tomó al fin la barricada, y unos paisanos la esperaron a pie quieto, luchando cuerpo a cuerpo, mientras otros, más cobardes, huían abandonando las armas que les acusaban de rebeldes. Aterrada Joaquina al oír que poco a poco se acercaba aquel espantoso estruendo, corrió el cerrojo de la puerta y sin fuerzas se dejó caer en el suelo. Resonaron entonces, a dos pasos de ella, las detonaciones de la fusilería, las imprecaciones de los combatientes, los ayes de los heridos y hasta el ruido de sus cuerpos al caer a tierra. Dos balas, una después de otra, pasaron la débil puerta y fueron a clavarse en la pared.

- ¡Roque! -gritó de repente una voz con la angustia del que pide a dos pasos de la muerte.

Joaquina se levantó de un salto, tan pálida y tan rígida como lo haría, si pudiese, un cadáver de su tumba.

- ¡Roque!... ¡Roque, no tires! -volvió a gritar la misma voz, aún más angustiada.

Sonó al mismo tiempo un tiro y un ¡ay!, el ruido de un cuerpo al caer y el crujido del acero al dar una puñalada.

Joaquina se avanzó[CR] a la puerta y la abrió de par en par. ¡Dios del cielo!... Perico, aquel hijo tan querido y tan llorado, yacía sin vida en el suelo, con un puñal clavado en el

pecho y en el corazón una bala. En pie, delante de él, estaba Roque; humeaba aún en su mano izquierda una escopeta, y chorreaba la derecha sangre caliente de su hermano... Al ver aparecer a su madre, dio un paso atrás, y su mano crispada dejó en la frente una mancha roja.

- ¡Caín! ¡Caín![12]... ¡En la frente escrito lo llevas! -le gritó Joaquina con la terrible energía de la madre que maldice y el espantoso dolor de la que ve un hijo muerto y fratricida al otro.

[12] Un grito muy parecido encontramos en la novela de Coloma *Mal-alma*: "-¡Caín, Caín!… ¿Qué has hecho de tu hermano?".

APARATO CRÍTICO

Recogemos en este apartado todas las variantes encontradas entre la edición de 1885, edición definitiva de la novela, y la de 1873, primera edición. No anotamos en las variantes la fecha de edición cuando aquéllas pertenecen a la del 73 si ello no es necesario; sí, en cambio, lo hacemos si se refieren a otras ediciones.

[A] Después de la portada y antes del texto, la ed. de 1873 incluye una dedicatoria que se ha suprimido: "Al Sr. D. Juan Manuel Ponce de León y Gordon, en prueba de aprecio y simpatía, Luis Coloma".

Y en nota a pie de página del mismo comienzo se lee: "El argumento de este *boceto* es desgraciadamente cierto, y por nuestra parte no hemos hecho sino variar los nombres y algunos pormenores".

[B] Esta fecha no aparece en la ed. de 1873.

[C] "aunque más comprimido".

[D] "Hasta que el hombre, señalando un pedazo…".

[E] "Juan Chanca" en todas las ocasiones en 1873.

[F] "Cojumbral".

[G] En las ediciones modernas todas las abreviaturas V. se cambian por "usté" o "usted".

[H] "*otavía*".

[I] "… que mejor que…".

[J] "sétimo".

[K] "fuese".

[L] "apercibido".

[LL] "qué es lo que ha pasado…"

[M] En la ed. de 1940 "Válgame".

[N] "le" sólo en la ed. de 1885. Tanto en la de 1873 como en las posteriores "lo".

[Ñ] "lo"

[O] "Querréis"

[P] "puerta" sólo en 1885; todas las ediciones, incluida la de 1873, "huerta", más coherente con la pregunta siguiente de Juan Pita.

[Q] "mortificara" en la ed. de 1940.

[R] "… donde pensaba vender sus canastas."

[S] En la ed. de 1873 se recoge otra canción:

"El amor que te tuve
lo metí en un agujero;
aluego llegó el verano
y la chinches se lo comieron."

[T] "… pasaron en silencio las *Cruces* que, como dos centinelas a orillas del camino, marcan…"

[U] "importante" en la ed. de 1940.

[V] A partir de aquí la ed. de 1873 incluye un largo párrafo dedicado a la muerte de Dª Blanca y sus lugares que transcribimos a continuación:
"Se cuenta, y autores fidedignos y graves historiadores lo confirman, que cazando el rey D. Pedro en las inmediaciones de Jerez, se le acercó un hombre, pastor en la apariencia, el cual le dijo que si seguía tratando de aquella manera a la reina doña Blanca le esperaban grandes quebrantos, así como si quisiese vivir con ella como debía, tendría quien heredase legítimamente el reino. Creyole el rey emisario de la reina y, esperando encontrar en esto un pretexto, aunque fútil, para perderla, envió gentes que averiguasen la verdad del caso; mas los seides del rey encontraron a la augusta prisionera encerrada, desposeida de sus damas y criadas, guardada escrupulosamente de porteros, llorando por tener perdidas las esperanzas de la tierra, y orando por conservar las del cielo. Mucho se ha discutido acerca de si la muerte de esta infortunada princesa acaeció en Medina-Sidonia, como aseguran algunos historiadores, o si, como es más probable, fue en este castillo del Valle de Sidueñas. El P. Juan de Mariana hace mención de un historiador, que se titula despensero mayor de la reina doña Leonor de Castilla, que sin fundamento alguno dice haber muerto en Ureña, villa de Castilla la Vieja, cerca de Toro; y aún no falta quien, confundiéndola sin duda con la viuda del infante D. Juan de Aragón, doña Isabel de Lara, envenenada también en Jerez por orden del rey D. Pedro, la supone muerta en el alcázar de Jerez de la Frontera".

[W] "Encaramada en su alto pedestal" en 1873; "Encaramada sobre un alto pedestal" en ed. de 1940.

[X] "Rodean a aquel cerro…" en la ed. de 1940.

[Y] "…álamos blancos cuyas hojas verdes, cual la esperanza que sirve de báculo al corazón, y blancas, cual la inocencia única que ahuyenta el remordimiento, se abren como un ramillete, un manantial…"

[Z] "… el abandono del cristiano, y luego lento pero constante, como el prudente que corre tras un deseo, sigue pesaroso…"

[AA] "cual altar…" en la ed. de 1940.

[AB] "la".

[AC] "hermana" en 1940.

[AD] "… en que el corazón, abierto como una rosa a los impulsos…".

[AE] "indeciso" en 1940.

[AF] "verduzco".

[AG] "en el mezquino círculo en que se agitaba…" (falta "de ideas").

[AH] Esta última exclamación dedicada a los ricos es mucho más amplia en la ed. de 1873: "¡Y pobres ricos, que no saben evitar la tormenta que en el horizonte de los siglos les amenaza, y cuyos primeros truenos han resonado en París, escribiendo con letras de sangre de llamas y de lágrimas: *¡Socialismo!* "No es preciso lanzar la mirada mucho más allá de los tiempos presentes, dice el ilustre escritor Selgas, para sentir hacia los ricos una compasión verdadera, porque llámese como se quiera este último movimiento de la civilización moderna, *las clases deseheredadas*, enarbolando la bandera de sus harapos, piden en nombre del derecho moderno un tremendo codicilo…"

[AI] Se incluye aquí un pasaje en la ed. de 1873 que se suprimió posteriormente: "… entre su mujer y sus hijos, y sobrándole un poco de afecto para su burra, la fiel Molinera, compañera hacía tantos años de todos sus trabajos; porque si bien el rústico Miguel no poseía esa filantropía británica que funda hospitales para perros y gatos y deja a los hombres morir de hambre, tenía una de esas almas delicadas que guardan un cariñoso reconocimiento hacia todo lo que les rodea, y en particular les sirve, ya sea racional o irracional, animado o inanimado".

[AJ] "brotado" sólo en 1940.

[AK] "… de otro".

[AL] En 1873: “solo al verle desaparecer en compañía de sus padres, canturreó entre dientes:

Cuando se muere un fraile
Dicen los demás:
“Un enemigo menos,
y una ración más”.

[ALL] “trae” se suprime en 1940.

[AM] “o a la tristeza…”.

[AN] “equipaje”.

[AÑ] “de lágrimas”.

[AO] “no te apures”.

[AP] “nuevos hielos”.

[AQ] “continuar” en 1885 y 1887. La ed. de 1873 y la de 1940: “continúa”.

[AR] “pasajeros”.

[AS] “estrecharlo” en 1940.

[AT] “abrazaba” sólo en 1940.

[AU] “quince”.

[AV] “resultado de sus ahorros, fruto de su trabajo, del sudor de su frente…”.

[AW] “en su sublime sencillez”.

[AX] “el último beso” en 1940.

[AY] “… a un podenco que…”.

[AZ] “… del muchacho ese brutal… hijo de la falta…”.

[BA] “…sombrero, martirizando…” en 1940.

[BB] “y de cuando en cuando sonreíase…”.

[BC] “van”.

[BD] “hijo” se suprime en 1873.

[BE] “Aquí hay muchos a gastarlo, pero a ganar está él solo; y en casa del pobre, el día que no se trabaja no se come”.

[BF] “Pues si quiere que lo mantengan… allí lo mantendrán” en 1873 y 1887.

[BG] “picarla”.

[BH] Mientras que *cluns* (en cursiva) aparece en la edición de 1873, no aparece la aclaración entre paréntesis “(clubs)”.

[BI] “cuanto menos” en 1940.

[BJ] “Y republicano soy yo”.

[BK] “… mientras lentas como el dolor y calladas como la tristeza, surcaban…”.

[BL] “… no vio un hombre…”.

[BLL] “al cerro” en 1940.

[BM] “el”.

[BN] “Aquella fisonomía, en la apariencia indescifrable y confusa como un filósofo alemán, y en realidad vulgar e insulsa como lo de todos sabido; aquellos ojos bizcos que, practicando el *nosce te ipsum* de los antiguos, de cuando en cuando se escondían para verse por dentro; aquel gabán progresista, vario de colores, que no llegaba a la cabeza, pero que ampliamente cubría el estómago;…”.

[BÑ] “de la púrpura romana”.

[BO] “V” en 1873. Algunas veces, las menos, la edición de 1885 cambia la abreviatura por “usted”, como hacen todas las ediciones modernas.

[BP] “verdura”.

[BQ] Cambios significativos: “…Joaquina se levantó impaciente, y con una caña en la mano fue a recoger una porción de gallinas que vagaban errantes, para ponerlas durante la noche al abrigo de rateros.

- ¡Ole, animalitos, y qué guasones que *seis*! – decía esgrimiendo la caña sobre su insubordinado rebaño, que por donde quiera se escapaba.

Mientras tanto…”.

[BR] “… como para…”.

[BS] “Que al amor a las glorias de su familia del actual marqués del Castillo se debe la restauración de este monumento histórico”.

[BT] No se recoge en la ed. de 1873 la traducción “¡Medea basta!”.

[BU] “*¡Viva el pueblo jerezano!*”.

[BV] “… Esta medalla se acuñó para celebrar el triunfo de la revolución y el heroísmo del pueblo jerezano (1)” En nota al pie añade Coloma: “(1) No hemos podido proporcionarnos la medalla que, si no igual, muy parecida a la que describimos, se acuñó por aquel entonces en Jerez”. Cambios de la ed. de 1873.

[BW] “lo”.

[BX] “… echen al puchero” en 1940.

[BY] “con”.

[BZ] “… dicen que viva”.

[CA] “… se alejaron… siguioles...”.

[CB] “con espanto” en 1940.

[CC] “tomó el camino de los naranjales de la huerta…”.

[CD] “le”.

[CE] “Llámelo… amenazándole”.

[CF] “al” en 1940.

[CG] “volvió”.

[CH] “algunas”.

[CI] “a” en 1940.

[CJ] “desatentada” en todas las ediciones (1873, 1887 y 1940).

[CK] “Molino de Viento” en 1940.

[CL] “en mitad de la corriente”.

[CLL] “pudiera” en 1940.

[CM] “Ojalá y se ahogaran…”.

[CN] “dejada caer en las piedras…”.

[CÑ] “los”.

[CO] “tiendecita” en 1940.

[CP] “distaría”.

[CQ] “en la que”.

[CR] “se abalanzó” en 1940.